
SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS

POESIAS



NIEVES XENES

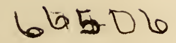
ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

NIEVES XENES
(ACADEMICA DE NUMERO)

POESÍAS

HABANA
IMPRENTA «EL SIGLO XX»
DE AURELIO MIRANDA
TENIENTE REY 27
1915

BREVE EXPLICACION



BREVE EXPLICACION

Al ordenar las composiciones poéticas de la Srta. Nieves Xenes, la persona encargada de ello ha experimentado algunas vacilaciones respecto al método que había de adoptar. El cronológico, tan recomendable por más de un concepto, sobre todo en ediciones como ésta, que es póstuma y primera, hubo de ser descartado en cuanto a la totalidad de la obra, y solamente aprovechado, en parte, para los dos primeros grupos de los cinco en que el libro se ha dividido, pues la autora no conservaba sus manuscritos ni lo que se publicaba, y ha sido preciso ir recogiendo las poesías aquí y allá, donde se ha podido, especialmente en las colecciones de La Habana Elegante, El Fígaro, Letras *y* Cuba y América, *revistas literarias que en su época las publicaron; pero muchas de ellas sin fecha.*

En vista de esto, se ha optado por formar los cinco grupos ya indicados. Denomínase el primero Amorosas, *preeminencia justificada si se considera que las composiciones de ese género han dado nombre imperecedero a la autora. El segundo se ha destinado a las patrióticas y a las que, sin tener la patria por tema*

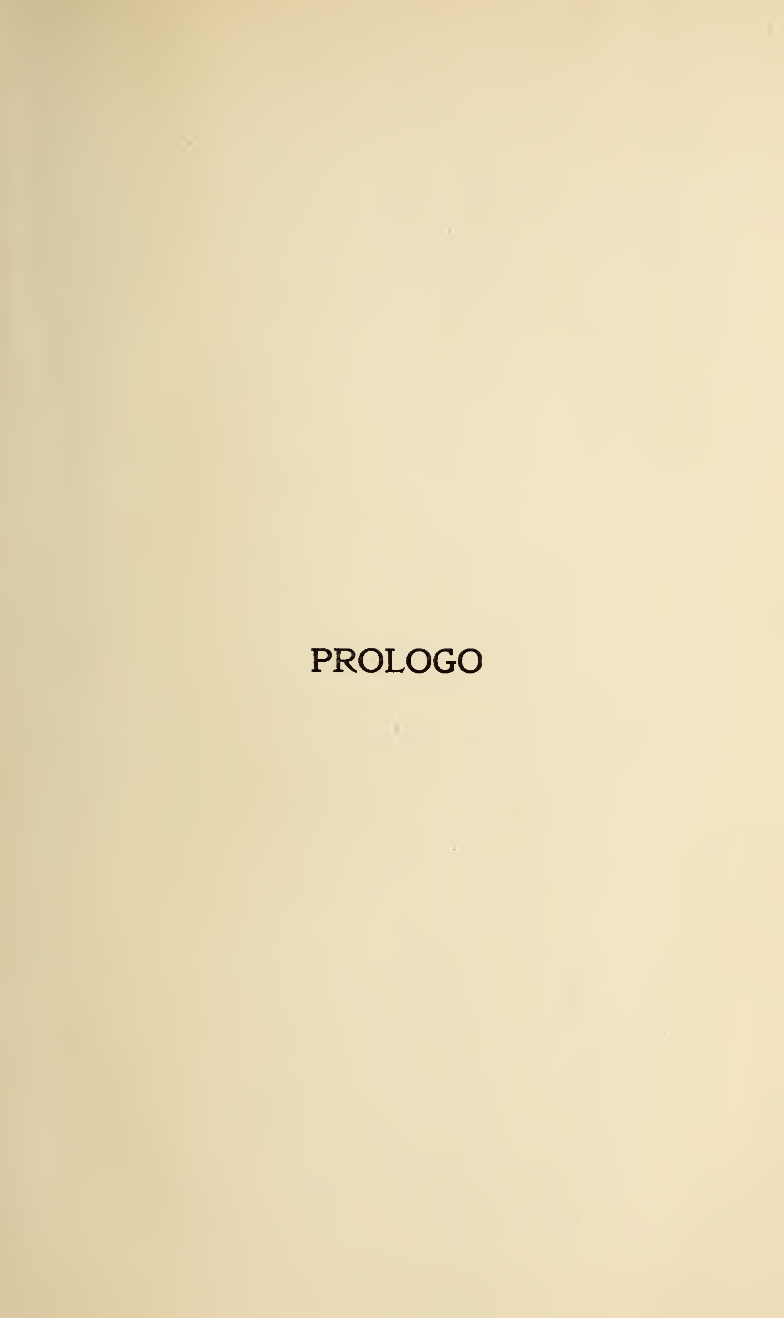
principal, contienen alguna mención de ella; y ha parecido bien por esa última circunstancia, un título algo vago: Evocaciones de patria. *El tercero,* Rimas *y el cuarto,* Florecillas, *se han tomado de la autora misma, que así bautizó varias de sus composiciones, y ha sido un placer para nosotros ajustarnos a su gusto y a su modestia, como tributo de respeto y de afecto. Ninguna se ha omitido: si algunas han parecido débiles, en ninguna faltan rasgos apreciables.*

La Comisión.

R. A. Catalá.

José Manuel Carbonell.

Aurelia Castillo de González.



PROLOGO

PROLOGO

I

Temo que mi pluma, cansadísima ya y nunca experta en juicios literarios, sea insuficiente para hablar de Nieves Xenes con las palabras que debidas le son. Un deber académico es lo que me ha impuesto con insinuante ruego, haciéndome en ello grande honor, el digno Presidente de la Sección de Literatura, señor José Manuel Carbonell, y trataré de cumplirlo.

Si para dar cima a la delicada empresa únicamente fuese menester el sentimiento de acendrado afecto, ya estaría yo tranquila respecto a mi suficiencia, porque entre Nieves y yo, desde que en las amenas y muy provechosas *Conversaciones literarias* tenidas en casa del que fué entusiasta propulsor de las patrias letras, doctor José María de Céspedes, nos conocimos el año de 1885, hasta la muerte de la poetisa, ocurrida el día 8 de este mes de julio en que escribo, jamás una sombra, jamás un leve desvío puso tibieza en aquel afecto hondamente sentido por las dos almas. Nieves se retiró del mundo hace años—sin que el mundo se hubiese retirado de ella—; en todo ese tiempo nos habíamos visto pocas veces, pocas también nos ha-

bíamos escrito; no obstante, la amistad y el aprecio permanecían idénticos, segurísimos, confiados.

Pero no es el afecto lo que ha de guiar ahora mi pluma, sino la imparcialidad más estricta y lo que en mis facultades quede aprovechable.

Muchas veces, al tratar de personas ilustres, se hace necesario tender piadosos velos sobre la vida íntima, o declarar francamente los lunares, las faltas graves que la afearon. Cabe la satisfacción al hablar de Nieves—y esto es ya una ventaja—de poder mostrar su corta historia, transparente como cristal: nada es preciso disimular en ella.

En el hogar paterno ángel fué pronto a toda abnegación. Quizás los desvelos e incesantes afanes durante la prolongada y penosísima enfermedad última de su madre, a la que solamente ha sobrevivido siete meses, hayan contribuído en gran manera a quebrantar un organismo, sano y fuerte hasta entonces, dejándole indefenso contra la muerte, que tras brevísima lucha, lo aniquiló. Ella, Nieves, que en la vida había sentido el pánico del choque supremo, cuando la muerte se le acercó, miróla de frente sin espanto alguno, serena y dulce, como lo fué en todos sus actos. "Yo hubiese querido, decía, vivir aún unos cuatro años; pero ya vale más *salir de esto*", y, sin agonía, dirigiéndose a uno de sus familiares, dijóle: "¿No ves que me estoy muriendo?" y con leve contracción facial, expiró.

Su corazón estaba formado para amar con vehemencia; pero el destino fué cruel para con ella en este sentido. No le permitió los deliquios de la virgen prometida, no los púdicos arrobos de la esposa

bien amada, no las ternuras sublimes de la madre. Esos afectos fraguados, se concentraron en su alma, adquiriendo enorme fuerza, y sus cantos de amor la hicieron émula de la inmortal poetisa griega.

¿Tuvo ese amor un objeto real? Ella me dijo más de una vez que esos cantos eran "ideas poéticas" y nada más. Lo decía con la sonrisa fugaz que la bondad hacía aparecer en sus labios, y que la íntima melancolía cortaba instantáneamente, como si se espantase de una profanación, como si ella no debiese sonreir jamás. El mundo piensa, tiene por seguro, que amó un imposible, un imposible para su virtud. Sus más hermosos versos dan la razón al mundo. Y a este propósito repito lo que antes dije: No hay que tender velos sobre la vida íntima de Nieves.

El ahogado sentimiento maternal tuvo también magníficas válvulas para expansionarse del bello corazón al exterior. Fué madre de menesterosos. Las dádivas pasaban sigilosa y continuamente de las buenas manos a las manos temblorosas que la bendecían. Difundíanse los beneficios en torno suyo como delicadas violetas difunden la esencia que nos extasía, sin que la flor aparezca a nuestra vista.

Y estos sentimientos humanitarios no partían—bueno es consignarlo—de fuente artificial alguna; quiero decir, de creencias religiosas, porque ella no las abrigaba; sino que brotaban directamente, como linfa limpidísima, del fondo de su alma inmaculada.

Fué madre también de seres más íntimamente vinculados a ella. Los hijos de su hermana María tuvieron en Nieves seguna madre, quizás, debido a su exaltadísimo temperamento de artista, más vehemen-

te que la otorgada por la naturaleza. La última vez que hablé con ella, cuando el duelo por su madre, decíame refiriéndose a esos niños: "Sí, las otras tías los quieren también, pero no con *el frenesí* que yo". Esta frase, dicha con su habitual, perfecta tranquilidad, hízome gracia y me quedó grabada en la memoria.

Jamás he conocido modestia igual a la modestia de Nieves. Sus recitaciones en la tertulia de Céspedes obtenían calurosos aplausos. De los más renombrados poetas y escritores nuestros, aun estando lejos de Cuba, como Santacilia, recibía constantes muestras de la admiración que excitaban sus versos. Obtuvo premio en bien nutrido certamen por hermosa composición, *El poeta,* y se la obsequió con medalla de oro por el soneto *Julio,* de insuperable belleza, honor compartido con otra gran poetisa, la Sra. Borrero de Luján. Ella no se convencía: era la única que no sabía nada de su gran valer. Con la mayor indiferencia abandonaba por dondequiera y perdía muchas veces sus joyas literarias. De nada servían los ruegos de sus familiares para que las coleccionase e imprimiese. Por último, dejó de escribir. Pareció olvidarse de que en su alma había cuerdas que vibraban divinamente, sólo con que ella lo quisiese.

¿Entraba en esto algún desdén por los nuevos métodos poéticos, tan falseados por muchos jóvenes, que toman lo accesorio por lo esencial, que contorsionan la forma y en ella dejan el vacío más espantoso? ¿Era un delicado sentimiento de repulsión por el espectáculo, nuevo ante sus ojos, de miserias, de envidias, de pequeñeces que han entrado por desgracia, o se han desarrollado más en nuestro mundo litera-

rio? Nada de esto fué en mi concepto, sino fatiga del mundo, convencimiento de que la gloria es nubecilla dorada que presto se disipa, de que todo en la vida es nada, excepto el amor, que a ella le fué negado.

Nombrada académica desde que se fundó la corporación que hoy edita sus obras, cortésmente dió ella las gracias; pero jamás tuvimos el gusto de verla entre nosotros. Su resolución de retiro absoluto era inmutable. La Academia supo respetar, deplorándola, esa resolución y dar una prueba a la poetisa del alto honor que era para aquélla tenerla en su seno. Por disposición reglamentaria cesan de ser académicos los que dejan de asistir a diez sesiones consecutivas. Tras mucha tolerancia, llegó la hora de acatar el reglamento, y varios fueron separados; pero ante el nombre de Nieves Xenes, los más reglamentaristas callaron: no se podía tocar a esa gloria de nuestra patria.

Gloria verdadera, y alta y pura. Cerebro y corazón de primer orden, carácter bien templado al fuego del dolor, si ante la poetisa no tiene restricciones nuestra admiración, ante la mujer que ella fué, no tienen restricciones nuestra veneración y nuestro amor.

II

Esas líneas escribí yo pocos días después de haber acaecido el fallecimiento de mi buena amiga. Más tarde se me han entregado sus poesías para que las ordene en volumen y termine mi trabajo.

Cuando Cuba tenga su diccionario geográfico... Mas no; resultaría demasiado diminuto, ya que no es ella, ni lleva trazas de llegar a ser jamás, isla conquistadora, a usanza de las islas británicas, que de pobrísimo origen se han encumbrado a detentadoras del mundo. Digamos pues: cuando Cuba figure en algún diccionario geográfico americano con extensión no mezquina, será preciso que se haga espacio a un modestísimo pueblecillo de la provincia de la Habana: Quivicán, para consignarle alto honor en estas sencillas palabras expresado: Cuna de Nieves Xenes.

Ella nació en sus inmediaciones, en la finca rústica "Santa Teresa", que en arrendamiento tenían sus padres, D. José Xenes (1) y D.ª Asunción Duarte; y acaeció el fausto suceso el día 5 de agosto de 1859. Cuando contaba diez y nueve años, después de larga estancia en "La Esperanza", otro fundo, propiedad éste de los esposos, sito en Aguacate, vino la familia a establecerse en la capital, de donde ningún miembro ha salido después. Nieves no conoció del mundo más que su patria, y amóla con ternura, exenta—no hay que decirlo—de los chillones alardes que después del triunfo se han introducido entre nosotros. Para ella no había más flores que las de Cuba, no había más beldades que sus compatriotas; no había más héroes que nuestros hombres; y cuando el canto vino a sus labios, espontáneo, casi sin influencias literarias externas, todo eso fué lo que cantó. Su culto apasionadísimo por la belleza, se complació en trazar retratos

(1) Era el Sr. Xenes deudo, sobrino segundo del venerado D. José de la Luz y Caballero.

de mujeres, bellas como diosas, y uno varonil, en el que aparece su alma, extática ante el palpitante Apolo.

Cantaba, he dicho, casi sin influencias literarias externas. La única que a mi juicio puede señalarse es la de Campoamor, sentida entonces por todos los poetas de habla española, ya que nadie escapaba al encanto de sus *Pequeños poemas.* Esa influencia se advierte en los lindos serventesios, de pensamiento delicadísimo y de maravillosa intuición femenina, *El primer beso;* en *Una carta,* que recuerda la famosa de aquel autor en *El tren expreso;* se advierte también en *El sultán y el poeta,* remembranza quizás de la dolora en que son protagonistas Diógenes y Alejandro; y en algunas otras. En su familia no había antecedentes poéticos apreciables. Sin herencia de ese género y sin disciplinas literarias, todo: inspiración, sentimiento, gusto depurado, elevación, oído poético exquisito, cuanto se necesita en fin para que una lira sea en las manos que la sostienen, no un bonito juguete, sino un brillante trofeo, todo tuvo que crearlo en Nieves la naturaleza. Pero ésta fué para ella pródiga, exuberante, verdadera naturaleza tropical. La favorecida correspondió al regio presente dedicando a aquélla himnos fervientes. Para saldar su deuda de gratitud hubiese bastado *Julio,* el gran soneto en que describe toda su magnificencia; pero hay más: hay *Primaveral,* de aproximada pujanza; hay los sáficos *A la luna,* de tan apropiada suavidad, y que nadie pensaría producto de los quince años y de campesina vida; las lindísimas espinelas *A un rosal, Día de primavera, Marina, A un árbol...* Y así, tal como

hija legítima de la naturaleza, cantaba ella: como muchacha que vaga por los campos, con guirnalda de olorosas maravillas, por sus propias manos enhebrada; como un pájaro, como el mar, como los ríos, como las selvas. Márcase siempre la pausa al final de verso; no usa transposiciones, ni apenas metáforas, ni iteraciones, ni figura alguna retórica. La estructura de sus versos es siempre conocida; no la preocupan nuevas combinaciones métricas. Con la intuición de su fuerza ingénua y pura, desdeña, o simplemente olvida todas esas galas. Pero así y todo, aun más que a la naturaleza en sus aspectos plásticos, miraba a la naturaleza espiritual, miraba a las almas. Y era su mirada perspicaz y severa. Ni aun a la belleza se rendía si no estaba ennoblecida por el sentimiento, así *Emma* es para ella

''Hermosa estatua de marmóreo seno'';

y la estulticia tras rostros hermosos érale completamente repulsiva. Por eso escribe en el álbum de Mercedes Matamoros—y es esta una de sus más brillantes composiciones—como un desahogo largo tiempo contenido, estas palabras:

''Un álbum. Canta, Musa, y no reprimas
''tus notas de recóndita tristeza,
''que ahora no vas a desgajar tus rimas
''a los pies de una estúpida belleza.''

Ni perdonaba tampoco al talento, del que se mostró tan entusiasta y tan exenta de mezquinas pasiones,

así en esa composición como en otra, de excepcional belleza también, dedicada a Luisa Pérez de Zambrana, si el decoro personal no lo acompañaba. Véase *Recordando a Oscar Wilde;* su desprecio por el poeta envilecido es profundo.

Y es que en Nieves todo era nítido. Su nombre parece un adivinado símbolo, en cuanto a eso; que, por lo demás, quien la ha conocido y ha leído sus poesías, o las lea ahora, no extrañará que vengan a mi mente estos versos, de autor anónimo para mí:

> ''¡Engañoso Mongibello!
> ''nieve enseñas, fuego escondes''...

pero allí me detengo en la aplicación, porque a ella, que era la lealtad misma, no conviene lo demás:

> ''¿qué harán los humanos pechos,
> ''si saben fingir los montes?''

Su pecho, urna era donde se guardaban joyas.

Y, más que todas reluciente, la joya *amor.* Por eso, recorriendo el conjunto de sus poesías, han dejado en mí esta extraña impresión. He visto muchas brillantísimas estrellas en aquel límpido cielo; pero apareció la estrella Sol, y todas las otras fueron apagadas. La estrella Sol es *Una confesión.* Nadie que la ha leído la olvida, nadie puede olvidar ese torrente de lava que corre impetuoso como un Niágara, y como un Niágara, bellísimo también. Parece escrita de un solo impulso, en pocos momentos: el impulso arrollador de la pasión, que llega a su término derribando cuanto se le opone.

Nieves Xenes.

Allí está Nieves toda entera: amante hasta la locura: ella misma lo dice:

> ''Pero ¿no comprendéis que es un delirio
> ''hablar de todo eso al que está loco?''

Todo eso era: deber, religión, sociales convencionalismos, gloria futura celestial a cambio de conformidad... Ella respondía:

> ''Pero ¿habrá alguna dicha allá en el cielo
> ''comparable siquiera a un beso suyo?''

Y acentúa:

> ''Os digo que prefiero, delirante,
> ''de mi loca pasión en los anhelos,
> ''la dicha de mirarlo un solo instante
> ''a la eterna ventura de los cielos!''

Toda entera he dicho: amante hasta la locura, y contenida, no obstante, hasta el sacrificio. Por eso termina diciendo:

> ''¡Ay, Padre! en vuestra santa y dulce calma
> ''rogad a Dios que evite mi caída,
> ''porque este amor se extinguirá en mi alma
> ''con el último aliento de mi vida!''

Después de escribir versos así, después de escribir —mucho más tarde, en 1907—el soneto *Julio,* bien se puede romper la lira; pero romperla era gesto demasiado violento para la apacibilidad de Nieves; y ésta

no hizo más que abandonarla, sin cuidarse apenas de mirar por algunos momentos los laureles que seguían cayendo sobre ella.

Porque aquellos contemporáneos suyos, los que la contemplaron en su época de brillantes fulgores, jamás la han olvidado, y son ellos los que van depositando a cada momento esos laureles. Son los ilustres contertulios de Céspedes: son, Enrique José Varona, que siempre, en el obligado discutir, decía la palabra definitiva; Manuel Sanguily, pródigo en brillantísimas disertaciones; José de Armas, muy joven, que prefería callar; reconcentrando para más tarde tesoros de saber; Juan Ignacio de Armas, delicioso poeta (permítase que nombre también a los que ya no existen); Luis Victoriano Betancourt, poeta también, que llevaba heridas de patria en el alma nobilísima; Aniceto Valdivia, poeta de gran numen, que, generoso, complacíase en recitar de manera portentosa ajenos versos; Francisco Calcagno, autor ya del Diccionario biográfico cubano, único que hasta la fecha tenemos; Pichardo y Catalá, inteligentísimos directores de *El Fígaro,* que en ese año mismo había comenzado su hermosa carrera; Benjamín de Céspedes, fogosísimo batallador; Fornaris, poeta favorito durante mucho tiempo, y ya por entonces próximo a su terrible final de vida... Otros muchos, que no puedo recordar.

En aquel selecto areópago surgía Nieves, modesta, llena de naturalidad, y recitaba, como si nada dijese, versos que se bañaban allá, muy adentro, en lágrimas y en sangre. No he podido olvidar el último de estas estrofillas:

''Ese luctuoso velo de tinieblas
''el día rasgará con sus albores,
''cuando su faz el sol por el oriente
''fúlgido asome.

''No hay sol que las tinieblas de mi duelo
''disipe, derramando sus fulgores;
''en el triste desierto de mi alma
''siempre es de noche.''

Noche de tumba. El amado en la tumba es una obsesión, que, cuando deja de ser tempestuosa, persiste y se hace sentir en toda su obra como leve rumor de sauce, como gemido de tórtola, como ola mansa que vuelve incesantemente a depositar en la playa sus menudas espumas; como un *leitmotiv*, que siempre, tristísimo, retorna.

El tiempo, con su acción sedante, la llevó a beatífica resignación. Ella, que con tanta frecuencia hablara del beso de amor, y que tan ardientes frases le dedicara, llegó a estampar estas melancólicas y dulces palabras:

''Como a la altura del sueño
''la realidad nunca está,
''el mejor beso es el beso
''que se anhela y no se da.''

Rodeóse entonces de niños y de flores. La sonrisa demoró por más instantes en sus labios. Hízose amar de cuantos cerca de ella estaban, y cuando sus magníficos ojos, negros y dormidos, que abismos de pasión y de ensueños parecían, quedaron definitivamente cerrados, otra tumba, que muy anhelada había sido por

quien tenía que ocuparla, abrióse por fin, y a ella fué a desintegrarse—no hablemos de irrisorios descansos—la egregia sombra—no otra cosa somos que sombras—de la martirizada, dulcísima criatura, de la gran poetisa cubana Nieves Xenes.

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

Octubre 10 de 1915.

I

AMOROSAS

AMOROSAS

MAL DE AMOR

Fragmento de un poema.

Madre, por más que el médico se afana,
me muero, ¿no lo ves?
para el mal que me roe las entrañas
la ciencia inútil es.

De esta tortura que mi vida acaba
incesante y cruel,
para poder curarme necesito
estar cerca de él.

Verlo, escuchar su voz, a su mirada
enloquecer de amor,
palpitante sentir sobre mi rostro,
de su aliento el calor.

Contarle mis pesares, en su seno
mi llanto derramar,
y besarlo, besarlo, mucho, mucho,
besarlo sin cesar.

Y estrecharlo en mis brazos, delirante,
con insaciable afán.
sintiendo hervir mi sangre, como hierve,
la lava del volcán.

El ansia de sus besos me devora,
¡ay madre! ¿no lo ves?
para el mal que me roe las entrañas,
la ciencia inútil es!

FRAGMENTO DE UN POEMA

Escucha vida mía,
cuando de mi pasión en el exceso
te besé delirante el otro día,
te dí toda mi alma en aquel beso!

Fué deleite y tortura,
ebria de amor, enardecida y loca,
creí que iba a morirme de ventura
al sentir el contacto de tu boca!

A mi vista turbada
rasgóse deslumbrante el firmamento,
y escuché en mi delirio enajenada,
músicas inefables en el viento...

Ah, si mi labio frío
besas cuando en la tumba esté dormida,
al beso de tus labios, dueño mío,
de amor temblando volveré a la vida.

AMBICION

Yo quisiera ser reina y que asombraran
mi espléndida riqueza y mi poder,
para darte mi cetro y mi corona
de hinojos a tus pies!

Quisiera ser más bella que la ninfa
que envuelta en gasa de celeste luz
viene a encantar los sueños del poeta,
porque me amaras tú.

Quisiera con mis versos, de la gloria
los ansiados halagos obtener,
por mostrarme a tus ojos con la frente
ceñida de laurel.

Pero así, sin que sepas que te adoro,
sin que ni aun tengas compasión de mí,
no quiero ningún bien, ninguna dicha,
sólo quiero morir!

A EL

Tus palabras ardientes de ternura
no escucharé jamás,
nunca tu mano enjugará mi llanto
¡tú nunca me amarás!

En mi locura con tu amor soñando
la vida pasaré,
siempre tu imagen vivirá en mi alma,
¡yo siempre te amaré!

UNA CARTA

Entre un libro por viejo abandonado,
página triste de amorosa historia,
esta carta encontré que he conservado
impresa en la memoria.

¿Has olvidado ya que desolada,
sumida en la tristeza y la amargura,
existe una mujer desventurada
que te ama con locura?

¿No piensas nunca a compasión movido
que entregada al dolor que la devora
te llama, sin que escuches su gemido,
un alma que te adora?

¿No piensas ¡ay! que ausente de tu lado
sueño contigo en ansia abrasadora
cual sueña con la luz el desdichado
que entre tinieblas llora?

¡Si pudiera un instante solamente
aspirando tu aliento embriagador
sobre tu seno reclinar mi frente
muriéndome de amor!

¡Ay! Si pudiera en delirante acceso,
dichosa como nadie fué jamás,
sobre tus labios imprimir un beso,
un beso nada más!

Pero el destino con su mano impía
mi vida de la tuya separó
y a terrible tortura el alma mía
por siempre condenó.

No creas que la nieve del olvido
el fuego de mi amor puede apagar,
será tu nombre el postrimer gemido
que exhale al expirar.

Mas ya nunca mis ayes de amargura
llegarán importunos hasta ti.
Recuerda alguna vez mi desventura
y ten piedad de mí!

A CAROLINA

¡Quieres que te copie ahora,
bella Carolina mía,
los versos que, en mala hora,
te recité el otro día!

Sabes que yo, de agradarte,
tengo deseos muy vivos;
pero... esos versos copiarte...
son demasiado... expresivos!

En horas en que mi mente
exaltada deliraba,
y en que fiebre intensa, ardiente,
el corazón me abrasaba,

ayes que mi alma herida
lanza con su mal luchando,
de mi lira entristecida
los arranqué sollozando;

y esos versos indiscretos,
podrían quizá, divulgar,
¡ay! Carolina, secretos
que yo quisiera guardar.

Perdona, amiga querida,
que no te complazca en eso,
mis pobres versos olvida,
y recibe en cambio, un beso.

1881.

. . . .

Me lo dijeron; y por un instante
apagóse la luz de mi razón,
helóseme la sangre, y su latido
detuvo el corazón!

Después, ruda, violenta, arrolladora,
destrozando mi alma, sin piedad,
se desató de mi dolor inmenso
la horrible tempestad!

Y exhalé extraños gritos de agonía,
y con terrible angustia sollocé,
y de rodillas con las manos juntas,
la muerte demandé!

Y me reí, convulsa y palpitante,
con la risa estridente del dolor,
y lancé en pavoroso desvarío
rugidos de furor!

Y con la voz de lágrimas henchida,
al cielo mis plegarias elevé,
y con acento amenazante y ronco,
maldije y blasfemé!...

El cáliz del dolor, gota por gota,
mi labio hasta las heces apuró,
y el raudal abundoso de mi llanto
al cabo se agotó!

Y entonces, de mi espíritu rendido
trocáronse el tormento y la inquietud,
en calma semejante a la que envuelve
al muerto en su ataúd!

Y proseguí el camino de la vida,
por la suerte dejándome arrastrar,
cual náufrago infeliz que se abandona
a las olas del mar!

ANTE UNA TUMBA

CON voz más triste que el gemir del viento,
cuando en la noche, quejumbroso zumba,
este doliente y tétrico lamento
lanzaba una mujer junto a una tumba:

"Hasta el fondo sombrío y pavoroso
de tu lóbrega y fría sepultura,
va de mi acento el eco doloroso,
a hablarte de mi amor y mi ternura.

Desde que comprendí, de espanto helada,
sintiendo el corazón de muerte herido,
que en vano te buscaba mi mirada
y te llamaba en vano mi gemido,

se agota en noches, sin quietud ni calma
el raudal de mis lágrimas ardientes:
¡Qué abismos de amargura hay en mi alma!
¡Qué siglos de dolor, sobre mi frente!

Tiendo en torno la vista entristecida,
y de pavor enajenada quedo.
¡Del árido desierto de mi vida
la soledad inmensa me da miedo!

¿Dónde voló aquel tiempo en que extasiada,
sintiendo el corazón gozo y tormento,
me inundaba la luz de tu mirada,
me embriagaba el perfume de tu aliento?

¡En que escuchaba ansiosa y delirante,
tu acento, que calmaba mis enojos;
y clavaba la vista en tu semblante,
queriendo devorarte con los ojos?

¡En que, trémula y muda te miraba,
de mi amor impetuoso en los accesos,
en tanto que en mis labios palpitaba
vivo tropel de apasionados besos?

¡Aquel tiempo, de angustia abrumadora,
de ardientes ansias y terribles celos!
¡Ay! ¡Aquel tiempo de dolor que ahora,
me parece un trasunto de los cielos!

La pena que me oprime, cruel y dura,
por instantes la vida me arrebata;
que es este amor que el seno me tortura
un amor que no muere, sino mata...

¡Adiós! Queda durmiendo en dulce calma,
de la muerte en la noche oscura y fría...
¡Yo me alejo llevándome en el alma
una noche más triste todavía!''

Lágrimas ardorosas derramando
inclinada la faz, pálida y mustia,
con lento paso se alejó, exhalando
hondos sollozos de mortal angustia.

RIMA

Cuando llega la hermosa primavera
—maga gentil de irresistible influjo—,
como todas las flores, reviviendo
a su amoroso y plácido conjuro,

en mi alma se yergue ¡oh mi adorado!
que duermes de la muerte el hondo sueño,
más bella y derramando más aroma,
la inmarcesible flor de tu recuerdo.

FLORECILLAS

Siempre que no lo veo, digo ansiosa:
—¡Verlo y después morir!
Y siempre que lo veo, triste digo:
—¡Ay Dios! ¿Por qué lo vi?

———

Ayer al lado tuyo, venturosa,
te juré amor eterno;
hoy junto a tu sepulcro desolada,
repito el juramento.

———

El alegre bullicio de la fiesta,
no sofoca la voz de mi dolor.
¡Cuánta gente se agita en torno mío,
y qué sola estoy yo!

———

Aun muerta ya la flor, y deshojada,
blando perfume esparce:
cuando muere el amor, deja el recuerdo
melancólico y suave.

RIMA

La suerte me dió un alma apasionada
por el ansia de goce enardecida;
y con mano implacable, una por una,
de mi alcance alejó todas las dichas.

Dió a mi mente febril y soñadora
alas para volar a otras esferas;
y con férreas cadenas me ató al suelo
en un rincón oscuro de la tierra.

Encarnado mostróme el deslumbrante
ideal de mis sueños de ternura,
me dejó contemplarlo enajenada,
y lo hundió en el abismo de la tumba!

Mayo 1896.

EL POETA EBRIO

Llenad mi copa, soportar no puedo
la tortura infernal de la razón.
El dolor me desgarra las entrañas
y el ron es el olvido, dadme ron.

Extinguióse la luz de mi esperanza,
la fuente de mi llanto seca está,
agótanse mis fuerzas y el reposo
es el único bien que anhelo ya.

Hundióse en el abismo de la tumba
la que el encanto de mi vida fué,
sin ella, sin la amada de mi alma,
solo con el dolor ¿adonde iré?

Murió sin que pudiera un solo beso
sobre su frente pálida imprimir...
Dadme ron otra vez, de la memoria
la despiadada voz no quiero oir.

No me habléis del deber; en otro tiempo
lo adoré prosternado ante su altar;
mas, ¿qué importa el deber al que no puede
el peso de su pena soportar?

Dadme más ron, de mi turbada mente
ya se apaga el incierto resplandor,
y esta embriaguez estúpida prefiero
a la horrible embriaguez de mi dolor.

Nieves Xenes.

RIMA

A veces su recuerdo,
logro de las entrañas arrancarme;
pero a veces, ¡me acuerdo,
y quisiera morir por no acordarme!...

Noviembre 1909.

A EMMA

El sentimiento en luminosa llama
nunca se muestra en tu mirar sereno,
ni con su fuego abrasador inflama,
hermosa estatua, tu marmóreo seno.

Siempre tranquila y fría, no conoces
de la pasión ardiente el devaneo,
las hondas penas, los intensos goces,
las locas ansias, ni el febril deseo.

Profundas y ardorosas impresiones
nunca vinieron a turbar tu calma,
ni entonaron risueñas ilusiones
sus cánticos celestes en tu alma.

De las ansias que inspiras a despecho
permaneces glacial y sosegada;
nunca una voz estremeció tu pecho
ni te inundó de luz una mirada.

Ni ardorosas protestas escuchaste
con intensa ilusión luchando en vano
ruborosa y callada, ni temblaste
al ligero contacto de una mano.

Ni de amor y de dicha enajenada
cediendo a tierno y férvido reclamo,
palpitante y febril, transfigurada
dijiste con voz trémula: ¡te amo!

¡Ah! De tu alma en el letargo eterno
ajena a las pasiones, no conoces
los tormentos terribles del infierno,
ni del edén los inefables goces.

UNA NOCHE DE LUNA

Convidando a forjar sueños divinos
la luna hermosa, en el azul del cielo,
de las sombras el velo
desgarra con sus rayos opalinos.
El céfiro formando dulce arrullo,
con lánguido murmullo
parece que conversa con las hojas,
y canta en la espesura
su endecha de ternura
la tórtola llorando sus congojas.
Confunden en el viento
su perfume las flores,
como almas que confunden sus amores;
y arrastrándose lento
semeja el claro río,
que en suaves ondas su cristal desata,
sierpe inmensa de plata
que va a ocultarse en el ramaje umbrío.
Ostenta su beldad Naturaleza
abismada en magnífica tristeza,

y el poeta entre tanto,
ante esta escena de celeste encanto,
sintiendo ansia de amor devoradora,
con la lira en las manos canta o llora.

DOS CUADROS

A Manuel de la Cruz.

Un baile, luz, perfumes embriagantes,
brillo de fiesta que la vida encanta,
manos asidas, senos palpitantes,
labios que ríen, música que canta.

Y entre la loca turba, sonrientes
del salón en un ángulo sentados,
al alegre bullicio indiferentes,
él y ella de amor enajenados,
contándose los sueños que anhelantes
forjaron en su cándida confianza,
y llevando en el alma deslumbrantes
la dicha, la ilusión y la esperanza...

... ...

Un cementerio, sombra, los postreros
rayos del sol que los sepulcros rozan,
símbolos de amargura lastimeros,
viento que gime, sauces que sollozan.

Y ante la tumba, de tristeza llena,
en que él duerme por siempre, ella enlutada,
semejante a la estatua de la pena,
llorando, de rodillas prosternada,
evocando uno a uno los hermosos
recuerdos de sus horas de ventura,
y llevando en su alma, tenebrosos,
el dolor, el espanto y la locura.

UNA CONFESION

¡Padre, no puedo más! mi amor refreno,
pero en la horrible lucha estoy vencida;
esta pasión se extinguirá en mi seno
con el último aliento de mi vida.

Cuando él no está a mi lado, desolada,
maldiciendo mi mísera existencia,
siento sobre mi frente fatigada
el peso abrumador de la conciencia.

Pero al verlo, olvidando mis enojos,
en vano a la razón ansiosa llamo,
y aunque callan mis labios, con los ojos
no ceso de decirle ¡yo te amo!

Vos me habláis de la gloria y del martirio,
del enojo del cielo que provoco,
¿pero no comprendéis que es un delirio
hablar de todo eso al que está loco?

¡Su amor! ese es el cielo que yo ansío
de mi pasión en el afán eterno,
y encuentro más terrible su desvío
que todos los tormentos del infierno!

Mis ansias ahogaré desesperadas,
pero él verá en mis ojos sus ardores,
porque siempre al mirarlo, mis miradas
serán besos de amor abrasadores!

En vano espero sin cesar rezando
encontrar en la fe consuelo y calma,
y en vano mis entrañas desgarrando
quiero arrancar su imagen de mi alma!

Mi amor es el incendio desatado
cuya llama voraz nada sofoca!
El torrente que rueda desbordado
arrastrando a su paso cuanto toca!

Decís que iré a la gloria si mi anhelo
logro vencer y de su lado huyo,
¿pero habrá alguna dicha allá en el cielo
comparable siquiera a un beso suyo?

Oyendo del deber la voz airada,
fuerzas a Dios para luchar le pido,
y al verlo, de pasión enajenada,
deber y religión, todo lo olvido!

Vos, juzgando el amor a vuestro modo,
decís que no es un mal desesperado,

decís que con la fe se alcanza todo,
¡no sabéis qué es estar enamorado!

Os digo que prefiero, delirante,
de mi loca pasión en los anhelos,
la dicha de mirarle un solo instante
a la eterna ventura de los cielos!

¡Ay, padre! en vuestra santa y dulce calma
rogad a Dios que evite mi caída,
porque este amor se extinguirá en mi alma
con el último aliento de mi vida!

1884.

NOCTURNO

La luna alumbra, aroma la floresta,
acaricia el terral, canta la ola,
alegran la ciudad ruidos de fiesta,
y yo estoy como siempre: triste y sola.

De apasionado anhelo palpitantes,
evocando un recuerdo muy lejano,
llegan a mí, distintas y vibrantes,
las notas melancólicas de un piano.

Vienen, turbando mi impasible calma,
a hablarme de delirios y ternezas,
y a su acento en el fondo de mi alma
despiertan sollozando mis tristezas.

Cuando, en distante y venturoso día,
oí por vez primera esa romanza,
un porvenir de gloria y de alegría
me mostraba risueña la esperanza.

Y del amor en el delirio ardiente,
del destino olvidando los agravios,
irradiaban los sueños en mi mente,
palpitaban los besos en mis labios...

Chispa de luz divina que un instante,
abrasadora en mi cerebro ardiste
con destello fugaz y deslumbrante,
¡en qué abismo de sombras te extinguiste!

Ternura que en mi pecho generoso,
como una llama inmensa, derramaste
calor vivificante y amoroso,
¡en qué abismo de hielo te apagaste!...

Cuando, a veces, con íntimo quebranto,
de mi marasmo estúpido despierto,
me comprimo las sienes con espanto
porque siento el mareo del desierto...

Inerte la fogosa fantasía
que ya su vuelo a remontar no alcanza,
agotada del alma la energía,
sin ideal, sin fe, sin esperanza,

mi quietud a la muerte se parece;
que la vida es el ansia abrasadora,
la sensación intensa que estremece,
y el pensamiento ardiente que devora.

INSOMNIO

A mi distinguido amigo
Nicolás Azcárate.

El viento solo, con arrullo suave,
turba el silencio lúgubre y profundo;
la noche tiende, majestuosa y grave,
su manto de tinieblas sobre el mundo.

Todo, en calma apacible y bienhechora,
parece reposar en torno mío;
sólo mi alma que el dolor devora,
se agita en incesante desvarío.

Por mi mente exaltada y ardorosa,
van pasando, sombríos o halagüeños,
mis recuerdos, cual turba silenciosa
de fantasmas, llorosos o risueños.

De mi infancia los juegos bulliciosos,
mis ilusiones cándidas y puras,
mis ensueños de dicha, luminosos,
mis hondas y terribles amarguras...

¡Visiones que en un tiempo deslumbrantes,
acudiendo a calmar mi ardiente anhelo,
encantábais, hermosas y brillantes,
mis noches de inquietud y de desvelo!

¿Porqué, como otras veces, sonrientes,
para enjugar mi desolado lloro,
del cielo no bajáis, resplandecientes,
con vuestras alas fúlgidas de oro?

¡Qué tristes y qué largas son las horas,
de esta noche de insomnio devorante,
¡oh, angustias de mi alma, abrumadoras,
dejadme reposar un solo instante!

¡Dichosos, los que, en calma bendecida,
libres de los embates de la suerte,
descansan, de la lucha de la vida,
en el tranquilo seno de la muerte!

Abril 22 de 1885.

ENAMORADA

Apoyada en la mano blandamente
la entristecida frente,
otras veces tan plácida y risueña;
perdida en el espacio la mirada
por el llanto nublada,
en dulce languidez medita o sueña.

Hondo suspiro de congoja lleno
se escapa de su seno,
tórtola tierna que su endecha entona,
y su expresión tan cándida y tan suave,
ahora doliente y grave,
diviniza su rostro de Madona.

En lánguido abandono reclinado,
es un lirio tronchado
su talle escultural y primoroso;
y en los claros y vívidos destellos
de sus ojos tan bellos,
hay algo de celeste y misterioso.

Ya aquellas inocentes alegrías
de los primeros días,
trocáronse en tristezas y desvelos,
ya huyó por siempre su apacible calma,
ya se agita en su alma
el amor con sus ansias y sus celos!

Extraviada le mente en un delirio
que es gozo y es martirio,
sueña con ''él'' ensimismada y muda;
y viene a herir su seno candoroso,
sangriento y ponzoñoso,
el acerado dardo de la duda!

¡Cuánto envidio ese afán y esa tristeza
que agitan, con fiereza
su corazón por el amor despierto
de su sueño infantil de dulce calma,
yo que llevo en el alma
la quietud pavorosa del desierto!

Mayo 1888.

LOS CELOS

Emponzoñada hiel que abrasa el labio,
víbora que se enrosca al corazón,
acerado puñal que las entrañas
rasga sin compasión!

Vértigo pavoroso en que vacila
próxima la razón a sucumbir,
angustia devorante, ansias horribles
de matar y morir!

Embriaguez de amargura aterradora,
fiebre, congoja, rabia, odio y amor,
Insomnio, llanto, afán... y en cada instante
un siglo de dolor.

MI DESPERTAR

Huyen fugaces los brillantes sueños
de ventura y amor,
que mientras duermo a un mundo me transportan
de mágico esplendor.

Mis amargos recuerdos a mi mente
acuden en tropel
y bañan mis mejillas ardorosas
mis lágrimas de hiel.

RECUERDO LEJANO

La ventana se abría,
y de la reja tras el férreo encaje,
mostrábase a mis ojos
como visión hermosa y deslumbrante.

En la estancia severa
que alumbraba la luz del mediodía,
ante el rico bufete
sentado en actitud grave y tranquila,

con la pluma en la mano,
absorto, meditando o escribiendo,
sin sospechar siquiera
que yo lo contemplaba desde lejos,

inclinada la frente,
se destacaba con sus líneas firmes
su varonil cabeza,
fúlgido sueño de mujer artista.

Y yo, oculta a sus ojos,
inmóvil y en silencio lo miraba,
sintiendo, estremecida,
de largos besos devorantes ansias.

NOCHE ETERNA

Ese luctuoso velo de tinieblas
el día rasgará con sus albores,
cuando su faz el sol por el oriente
fúlgido asome.

No hay sol que las tinieblas de mi duelo
disipe, derramando sus fulgores;
en el triste desierto de mi alma
siempre es de noche.

LA FELICIDAD

Amarse hasta el delirio, devorarse
a miradas, turbada la razón;
hablarse quedo, quedo y al oído,
con temblorosa voz.
Quedar a solas juntos un instante,
estrecharse las manos con pasión;
temblando aproximarse y en un beso
desfallecer de amor!

Octubre, 1889.

RETRATO

Esculturales líneas dibujaban
su varonil y espléndida cabeza,
y unidas en su cuerpo se mostraban
la fuerza, la arrogancia y la belleza.

Suave como la seda y reluciente
la cabellera negra y ondulada,
brillaba en torno de su hermosa frente
para ceñir laureles modelada.

Sus grandes ojos negros que vertían
destellos que su rostro iluminaban,
airados, a los hombres imponían;
tiernos, a las mujeres fascinaban.

Bajo el bigote de ébano luciente
su boca, como flor en la mañana,
mostraba al entreabrirse sonriente
húmedas perlas entre fresca grana.

La barba, que la enérgica hermosura
de su cabeza artística acentuaba,
sobre su tez de pálida blancura
como un jirón de noche resaltaba.

Cuando su voz al pueblo conmovía
en la tribuna hermoso y arrogante,
de la elocuencia el genio parecía
ante la turba muda y palpitante.

Y su genial palabra subyugaba
y era viril, ardiente y luminosa;
si el amor a la patria la inspiraba,
fuerte ariete o palanca poderosa.

Soberbio a veces de entusiasmo, erguía
la magnífica y pálida cabeza
y la negra melena sacudía
del león con la ingénita fiereza.

Nunca sintió del desaliento el frío
y al combatir de la injusticia el yerro
ningún temor aminoró su brío,
ni doblegó su voluntad de hierro.

Por sublime ideal enardecido,
eran su culto el bien y la belleza,
y llevaba en su alma de elegido
de los héroes la insólita grandeza.

1896.

II

EVOCACIONES DE PATRIA

EVOCACIONES DE PATRIA

A MERCEDES CARRILLO

El triste llanto de dolor vertiendo,
la ansiedad retratada en el semblante,
con las manos de nácar comprimiendo
el seno conmovido y palpitante,

vueltos los ojos sin cesar al cielo,
vas a cruzar los anchurosos mares,
golondrina que emprendes raudo vuelo
abandonando tus nativos lares.

De perfumada brisa al soplo blando
resbale tu bajel plácidamente,
olas de plata y de zafir surcando
bajo un cielo sereno y sonriente.

Llega de Europa a la región distante,
que allí hallarás con emoción ardiente,
ojos que buscan siempre tu semblante,
labios ansiosos de besar tu frente.

Pero no olvides que en tu patrio suelo
también caricias y ternuras dejas,
piensa que aquí con amoroso anhelo
también suspirarán porque te alejas.

Y vuelve, vuelve, con feliz premura
a tu edén encantado y delicioso,
vuelve a mirar henchida de ternura
de su cielo el azul esplendoroso.

Que el amor de la patria benedecida
jamás se aparta de las tiernas almas.
Vuelve a Cuba a escuchar enternecida
"la voz de sus arroyos y sus palmas".

1877.

¡MUERTO!

En la muerte de José Antonio Cortina.

¡MUERTO!... es verdad. La frente que se erguía
con viril energía,
por el fulgor del genio iluminada,
humillóse ante el fallo de la suerte,
y al golpe de la muerte
se hundió en la tumba exánime y helada!

Del tierno vate que con lira de oro,
vertiendo dulce lloro,
sus ensueños cantaba y sus amores,
se extinguió para siempre el suave acento
más blando que el del viento
cuando pasa jugando con las flores.

Nunca más se alzará clara y sonora
la voz conmovedora
que vibra en nuestro oído todavía,
del tribuno entusiasta y ardoroso,
que exaltado y fogoso
la libertad augusta defendía!

El apóstol del bien que, decidido,
protegió al oprimido,
por siempre yace inanimado, mudo,
adalid esforzado y arrogante
con alma de gigante
que en la lucha cayó sobre el escudo.

¡Oh patria! ¡triste patria! el sueño eterno
duerme ya el hijo tierno
que por ti suspiró sin paz ni calma;
el que en su amor y su entusiasmo ardiente
te consagró ferviente
el delirio sublime de su alma.

¡Que no cubran las sombras del olvido
su recuerdo querido;
que cual puro raudal que no se agota
caiga siempre amoroso nuestro llanto,
como tributo santo,
sobre la triste tumba del patriota!

Noviembre, 1884.

A los Estudiantes de la Habana por su proyecto de levantar un mausoleo a José Antonio Cortina.

Con orgullo rendid vuestro amoroso
tributo a la memoria bendecida
del hermano que tierno y generoso
supo a la patria consagrar su vida.

Como él luchad por conquistar un día
de la gloria los lauros inmortales,
palpitantes sentid como él sentía
de la doliente humanidad los males.

Como él con noble y varonil denuedo,
ante la torva faz de la injusticia,
alzad la frente y defended sin miedo
el bien, la libertad y la justicia.

Y a la patria, abrumada de dolores,
que el triste seno desgarrado siente,
la corona de abrojos punzadores
arrancaréis de la abatida frente!

EN LA MUERTE DE MENDIVE

¡Murió el poeta!... La inspirada frente
que el resplandor del genio iluminaba,
y que en delirio ardiente
tanto sueño radiante acariciaba,
en lobreguez sombría
de un sepulcro en el fondo pavoroso
yace pálida y fría!
Extinguióse la vida que animaba
aquel pecho tan tierno y generoso,
templo de la virtud, inmaculado,
do siempre un eco hallaba
el ¡ay! desgarrador del desgraciado.
¡Avecillas hermosas,
que en la arboleda umbría
derramáis bulliciosas
tesoros de armonía,
con trinos gemidores
llorad, llorad que ha muerto
el que en dulce concierto
cantaba con vosotras sus amores!
Del prado bellas flores,

que tan suave perfume dais al viento,
cerrad, cerrad vuestro argentado broche,
que el que con blando acento
os contaba su tierno desvarío
duerme por siempre inanimado y frío
en las tinieblas de la eterna noche!...
Nunca ensalzó su lira al poderoso
ni en báquicas canciones
sus regalados sones
vibrar se oyeron en festín ruidoso,
ni cobarde manchó su lira de oro
cantando a los tiranos.
Con voz que revelaba de su alma
la infinita ternura,
sólo cantó inspirado
a la virtud, la patria y la hermosura.
Ya de la muerte en la profunda calma
yace mudo y helado.
Mas no sólo las hijas y la esposa
con queja lastimosa
lloran por él con hondo desconsuelo,
también la patria con profundo duelo
llanto acerbo tributa a su memoria,
y de amor palpitante
sobre su tumba, hermoso y deslumbrante,
sus alas tiende el ángel de la gloria!

A AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

QUE los acentos de mi lira triste,
al vibrar en tu oído halagadores,
porque van de la tierra en que naciste,
te lleven de sus brisas murmuríos,
perfumes de su flores
y arrullos de sus selvas y sus ríos!
¡Qué larga es ya tu ausencia!
¿Cuándo aquí, donde tanto te queremos,
gozosos volveremos
el encanto a sentir de tu presencia?
¿Cuándo con tu figura casta y suave,
al par que majestuosa,
con tu aire dulce y grave,
y tu semblante fúlgido de diosa,
te veremos, serena,
ante la turba de entusiasmo llena,
con tu armonioso acento,
dar tus versos magníficos al viento?
¿Cuándo Cuba, de amor y orgullo henchida,
en plácido embeleso,

podrá otra vez con su materno beso
acariciar tu frente de elegida?
Yo no quisiera que en tu hogar hermoso,
asilo de la dicha y de la calma,
donde sonríe sin cesar tu alma
al amor entrañable de tu esposo,
resonara mi acento
sino en risueñas notas de contento;
mas ¡ay! ¿qué te diría
que llevara a tu pecho la alegría?...
Nuestra patria, que sufre abrumadora
la odiosa tiranía
que su seno ensangrienta,
en silencio devora
su dolor y su afrenta,
volviendo la mirada entristecida
a aquellos tiernos hijos que quisieron
dar por ella su vida,
y en el combate heroico no murieron;
que de la dócil turba separados,
lloran en sus hogares desolados
la maternal tristeza,
solos en su amargura y su grandeza!
¡Que con los besos míos,
los pobres ecos de mi lira triste,
al vibrar en tu oído halagadores,
porque van de la tierra en que naciste,
te lleven de sus brisas murmuríos,
perfumes de sus flores,
y arrullos de sus selvas y sus ríos!

Junio 10 de 1890.

A LA BANDERA CUBANA

Te alzó con mano firme el heroísmo
de patriótico amor enajenado,
sobre un pueblo oprimido y humillado,
como un rayo de luz sobre un abismo.

El yugo del odioso despotismo,
por crímenes sin cuento ensangrentado,
rompió bajo tus pliegues, denodado
en desigual combate el patriotismo.

Tú que sólo ondulaste estremecida
de la batalla al pavoroso estruendo
sobre escenas de duelo, horror y muerte,

¡flota sobre la patria redimida,
cual talismán sagrado, protegiendo
a un pueblo libre, venturoso y fuerte!

EN EL ALBUM DE NENA ZAYAS

Absorta en las angustias de la patria,
con hondo espanto en ansiedad febril,
escucho, lejos, los ahogados gritos
de los que caen, en la sangrienta lid.

Tú pasas ostentando deslumbrantes
tu juventud, tu gracia y tu beldad,
y vuelve, al contemplarte, la sonrisa
un instante mi rostro a iluminar.

Mis pupilas, avaras de belleza,
la luz absorben que derramas tú,
y un himno enamorado de tu encanto,
la admiración arranca del laúd.

Diciembre, 1897.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA

RENDIDA, vacilante y sin apoyo,
va por senderos de escarpadas rocas,
en la cabeza olímpica llevando
la luz del genio y del dolor la sombra.

En el recio huracán de sus pesares
no se apagó su inspiración excelsa,
y responde a los golpes del destino
sollozando en magníficas endechas.

Hay en sus bellos cantos en que a un tiempo
gimen sus penas y su genio brilla,
jirones de la sombra de la noche
y destellos del sol del mediodía.

Ella es la musa a cuya voz celeste
fascinadas las almas se doblegan,
cuando engarza en el oro de sus versos
cual fúlgidos diamantes sus ideas.

¡Patria infeliz que tras heroica lucha,
en lastimosa postración caída,
bajas la triste frente mancillada
de eterna esclavitud con el estigma!

Como tributo generoso y tierno,
ofrenda maternal pon en sus manos,
que a tu corona de sangriento abrojo
ella ha prendido inmarcesible lauro!

Mayo 1901.

A UN POETA

Desde la vez primera que anhelante
tus cantos escuché,
fué tu lira dulcísima y vibrante
la lira que envidié.

Son tus versos los trinos del sinsonte
cuando cantas tu amor,
son la voz de la tórtola en el monte
si lloras tu dolor!

Si cantas de una hermosa la sonrisa
o el tierno suspirar,
es tu voz el susurro de la brisa
que juega en el palmar.

Si lloras por tu patria y exaltado
demandas libertad,
es el rugir del mar alborotado
por recia tempestad.

Siempre encuentras la nota misteriosa
de suave vibración
que tierna, penetrante y melodiosa
conmueve el corazón.

Por eso siempre henchida de ternura
tus cantos escuché
y fué tu lira de sin par dulzura
la lira que anhelé.

NICOLAS AZCARATE

Del mundo las miserias olvidaba
anhelante buscando la belleza,
soñador de lo grande enamorado,
alma de amar y de admirar sedienta.

Inspirándose sólo en la justicia,
de la ley sacerdote inmaculado,
cual formidable ariete su palabra
rompió cadenas, derribó cadalsos!

Era su noble y generoso pecho
de los que amaba inquebrantable egida,
que de su amor la poderosa fuerza
retroceder la adversidad hacía!

Sólo al mandato del deber sumiso
llegó sereno al fin de su jornada;
el fango del camino de la vida
no manchó la blancura de su alma.

Y de su honrado hogar en el santuario
se durmió con el sueño postrimero,
dejando en la memoria de su patria
cual luminoso rastro su recuerdo.

Abril 19 de 1902.

IGNACIO AGRAMONTE

Del espíritu al mágico conjuro,
vemos alzarse, grande y luminosa,
palpitante de vida y de entusiasmo,
la imponente figura del patriota.

Y en torno, la titánica epopeya,
con su estruendo espantoso y asordante,
con su siniestro resplandor de aceros,
con sus mares de lágrimas y sangre!

Y a través de los años la grandeza
del héroe inmaculado, nos asombra
y enciende o vivifica en nuestros pechos
del patrio amor la llama poderosa!...

No oscurece su gloria sombra alguna;
no armó su mano la ambición bastarda
ni el odio miserable al adversario,
sino el amor sublime por la patria.

Y alta y serena la soberbia frente,
en las manos el arma formidable,
cayó, luchando con heroico brío
entre el horror inmenso del combate.

Febrero, 1903.

AL PUEBLO DE CUBA

Pueblo que ayer en lucha pavorosa
tu libertad sagrada defendiste,
no pierdas el derecho que adquiriste
derramando tu sangre generosa.

No olvides en inercia vergonzosa
la empresa que valiente acometiste,
no abandones la senda que emprendiste,
cumple abnegado tu misión gloriosa.

¡Heroico paladín de santa idea,
sé grande como ayer en la pelea,
no te ciñas tú mismo tu mortaja;

no en mezquinas e inútiles porfías
agotes tus potentes energías,
si libre quieres ser, piensa y trabaja!

Agosto, 1906.

III

RIMAS

RIMAS

A UNA TORTOLA

Desdichada avecilla,
¿Porqué rebosa
tan intensa amargura
tu voz hermosa?
¿Porqué tu acento
más que acento parece
triste lamento?

Dueña eres del espacio
cuando ligera,
remontas tu ágil vuelo
por la pradera;
las otras aves
de tu canción envidian
las notas suaves.

Si la sed te impacienta,
el arroyuelo

te da su fresca linfa
que copia el cielo;
y el bosque undoso
grato asilo te ofrece,
si ansías reposo.

¿Porqué, pues, estás siempre
triste y llorosa,
y siendo bella y libre
no eres dichosa?
¿Qué amarga pena
tu candorosa vida
de angustia llena?

¿Sientes como yo acaso,
ave inocente,
de dichas que no existen
anhelo ardiente?
¿Turba tu calma
esta ansiedad que llevo
siempre en el alma?

¿También, como yo, sueñas
divinos goces,
y que son sólo sueños
también conoces?
Tórtola hermosa,
¿mi inquietud incesante
también te acosa...?

Linda y tierna avecilla,
tu triste queja

vuelve a exhalar mañana
junto a mi reja;
que mis pesares
adormece el arrullo
de tus cantares.

YA LOS CONOZCO...

Cuando un hombre me dijo
por vez primera
que me amaba y que mía
su vida era,
sin contestar,
conmovida, temblando
¡me eché a llorar!

En cambio ya si alguno,
con voz doliente
me dice que me adora
tierno y vehemente,
lo oigo decir,
y encogiéndome de hombros
¡me echo a reir!

A LA LUNA

Blanca, apacible, misteriosa y bella,
luces en medio del azul del cielo,
y con tu luz halagadora y suave,
bañas el suelo.

A ti se acerca la ligera nube,
vaporoso cendal de gasa leve,
para formarte transparente solio
de ópalo y nieve.

Pálidas y medrosas, las estrellas,
ante tu luz de sin igual dulzura,
te miran tristes, porque envidia sienten
de tu hermosura.

Más bella, al rayo de tu luz incierta,
que a la radiante claridad del día,
la flor su aroma embriagador y blando,
tierna te envía.

Himno de amor a tu sin par belleza
canta el arroyo, que tu faz retrata;
y que parece, a tu amorosa lumbre,
cinta de plata.

Tu luz de nácar lo embellece todo,
a todo presta indefinible encanto,
te miro, absorta, y de mis ojos brota
plácido llanto.

Dulce desmayo el corazón embarga,
al contemplar tu celestial belleza,
y baña el alma, de ternura ansiosa,
suave tristeza.

Siempre, al mirarte aparecer, tranquila,
rasgando, hermosa, de la noche el velo,
yo te saludo y con amor te admiro,
¡reina del cielo!

Tú iluminaste mis alegres juegos,
allá en los tiempos de mi infancia hermosa,
cuando inocente y descuidada siempre,
era dichosa.

Al contemplarte, enternecida el alma,
sintiendo vago y amoroso anhelo,
de su dolor a la amargura encuentra
dulce consuelo.

Cuando los rayos de tu luz divina
besan mi triste y ardorosa frente,
sueños de amor, de celestial dulzura,
forja mi mente.

¡Hermoso objeto de mi tierno culto!
cuando a la muerte mi existir sucumba,
tus puros rayos, compasiva, lanza
sobre mi tumba!

DESDE LEJOS

A mí hermana Asunción.

Mi querida Asunción: tus cartas sólo
calman un tanto mi inquietud amarga;
me dices que tu ausencia ha de ser corta,
¡ay, a mí me parece ya tan larga!

No extrañes si, alejada de vosotras,
siempre en mis cartas mi dolor se muestra,
¿no sabes tú muy bien que mi alegría
es tan sólo el reflejo de la vuestra?

De mi existencia en el erial, do nunca
vierte el sol de la dicha sus fulgores,
vosotras sois parleras avecillas,
o de vivo matiz lozanas flores...

Las tristezas amargas de la ausencia
se calman con los sueños del deseo;
como siempre mi alma está contigo,
sin cesar me parece que te veo.

Y allá tan lejos, te contemplo hermosa
con tu faz melancólica y serena,
con tu radiante y límpida mirada
y tu cándida frente de azucena;

con tu talle flexible y peregrino,
con tus largos cabellos ondulantes,
con tu perfil correcto y primoroso
y tus ojos tan negros y brillantes;

con tu figura virginal y casta,
encarnación del sueño de un poeta,
que recuerda, gentil y vaporosa,
la figura de Ofelia o de Julieta.

Escríbeme muy largo, que tus cartas
siempre a mi anhelo le parecen breves:
recibe muchos besos que te envío,
y piensa mucho en mí. Tu hermana, Nieves.

ANONIMO

No siento del amor la honda tortura
cuando contemplo con tenaz fijeza
la rara perfección de su cabeza
y su cuerpo de helénica escultura.

Como imprimiendo a su gentil figura
sello de augusta y varonil nobleza,
en su mirar de fúlgida limpieza
la luz del pensamiento no fulgura.

Al contemplarlo sin afán ni anhelo,
de un artista inmortal digno modelo,
su belleza magnífica que encanta

sólo en mi alma a despertar acierta
la admiración tranquila que despierta
la belleza del bruto o de la planta.

Enero, 1899.

GLORIA PERDOMO DE MORALES

Cabellos de azabache, tez de rosa,
grandes pupilas fúlgidas y negras,
boca risueña de coral y nácar,
y figura gentil de diosa griega.

Si en los salones aparece ornada
de ricas sedas y valiosas joyas,
se extraña que en sus manos no haya un cetro
y que no haya en su frente una corona.

Si en su balcón al rayo de la tarde
contempla soñadora el horizonte,
recuerda a las hermosas castellanas
del castillo feudal en la alta torre.

Hoy, que llorando el paternal afecto
hondo pesar su espíritu acongoja,
muestra, por el dolor divinizada,
la expresión celestial de las madonas.

Y entre el crespón luctuoso de su traje
luce más peregrina su belleza,
como entre negras nubes tempestuosas
irradia más fulgores una estrella.

Abril, 1896.

EL SULTAN Y EL POETA

Dijo el sultán:—Yo tengo cien mujeres
de incitante y magnífica hermosura;
de mi capricho esclavas, en sus brazos
el cáliz del placer mi labio apura.

¡Pero después del pasajero goce,
cómo abruma mi espíritu el hastío,
eterno huésped de mi regio alcázar,
a mis cansados ojos tan sombrío!

Y contestó el poeta:—Amo a una virgen
de quien la suerte me separa odiosa,
a veces solamente, por mi lado
pasa, fugaz como visión hermosa.

Mas cuando al paso, su mirada tierna
de amor un rayo trémulo me envía,
soy tan dichoso en mi mezquino cuarto,
que no hay dicha más grande que la mía!

Abril, 1899.

A ASUNCION GIRAL

En su álbum.

¿Guardar en este libro
pretendes, niña hermosa,
las flores que a tu paso
la admiración arroja?

El libro es muy pequeño
y las flores son muchas.
¿No ves que encanta a todos
tu espléndida hermosura?

Tus ojos son tan grandes,
tan negros y tan bellos,
tus dientes son tan blancos,
tus labios son tan frescos,

tan puras son las líneas
de tu perfil de diosa,
de tal modo seduce
tu gracia encantadora,

que a tu hechizo se rinden
todos los que te miran,
y los tiernos elogios
que a tu beldad prodigan

son tantos, que si todos
que los escriban quieres,
necesitas millones
de libros como éste.

Agosto, 1896.

A LAS VIUDAS
DE LOS PESCADORES DE CAIBARIEN

Con vuestros gritos de dolor y espanto,
ahogados por el llanto,
en vano al cielo demandásteis gracia;
sobre vosotras en terrible día,
tendió muda y sombría,
sus enlutadas alas la desgracia.

Ya nunca más en dulces regocijos,
con vuestros tiernos hijos,
en el umbral de vuestro hogar dichoso,
con alegres y cándidos excesos,
entre risas y besos
celebraréis la vuelta del esposo.

En vano en vuestro acerbo y hondo duelo,
buscando algún consuelo,
tendéis en torno, ansiosas, la mirada;
aumentado la pena que os devora,
os muestra aterradora
la miseria su faz desencajada!...

¡Oh, Caridad, que con amor profundo,
al pasar por el mundo
cumpliendo tu misión santa y sublime,
canto inefable de piedad exhalas,
y con tus blancas alas
las lágrimas enjugas del que gime!

¡Hasta ese inmenso abismo de dolores,
lleguen consoladores
tus acentos de célica dulzura;
en esa noche negra y pavorosa,
derrama generosa
los rayos de tu luz radiante y pura!

LA NIÑA

I

La luz de la alegría
brilla en sus ojos,
blandas risas exhalan
sus labios rojos;
su voz remeda
el trinar de las aves
en la arboleda.

Nunca su agudo dardo
con mano aleve,
en su cándido seno
de rosa y nieve,
clavó el dolor;
aún no sabe la niña
lo que es amor.

II

Triste lágrima a veces
nubla sus ojos,

hondo suspiro exhalan
sus labios rojos;
su voz es canto
donde trémulas vibran
notas de llanto.

Ya su punzante dardo,
con mano aleve,
en su cándido seno
de rosa y nieve,
clavó el dolor;
¡ay! ya sabe la niña
lo que es amor!

EN LA PRIMERA PAGINA DE UN ALBUM

Es la hechicera dueña de este libro
un ángel de belleza y de bondad.
Sus ojos, de mirada soñadora,
son verdes y profundos como el mar.

Tiene su frente cándida y serena
la nítida blancura del jazmín,
son castaños y suaves sus cabellos,
y es su boca de perlas y rubí.

Bardos que vais con férvido entusiasmo
de la hermosura y la virtud en pos,
dejad entre las hojas de este libro
de vuestra lira el cántico mejor!

RETRATO DE MUJER

A la luz de la tarde, en rica estancia,
reclinada en diván de grana y oro,
ostenta con ingénita arrogancia
de su hermosura espléndida el tesoro.

Deleitando la atónita mirada,
forman contraste vigoroso y bello
de su tez la blancura nacarada
y el intenso negror de su cabello.

Sus ojos de belleza deslumbrantes,
tienen en sus pupilas misteriosas,
densas sombras, relámpagos brillantes,
como tienen las noches tempestuosas.

Sonríe, y son al dibujarse incierta
con indecible gracia su sonrisa,
sus labios, roja flor recién abierta,
sus dientes, nácar que la luz irisa.

Su helénico perfil do se revela
de la beldad suprema el hondo arcano,
es el sueño que al mármol o a la tela
quiere el artista trasladar en vano.

De su cuerpo de vida exuberante,
el contorno estatuario se adivina
bajo el traje de tul blanco y flotante
como un jirón de matinal neblina.

Las flores en graciosos ramilletes
adornan su cabella y su cintura,
y las piedras en ricos brazaletes
se enroscan en sus brazos de escultura.

De sus hermosas manos escapado,
cetro blando y gentil de la belleza,
yace sobre su falda abandonado
blanco abanico de oriental riqueza.

Bajo su largo traje se descubre,
cual leve copo de brillante nieve,
tras la nítida seda que lo cubre,
su pie de ninfa primoroso y breve.

Del aura de la tarde el soplo escaso
acaricia sus bucles suavemente,
y el sol que se va hundiendo en el ocaso
deja un beso de luz sobre su frente.

ANTE UN CONVENTO

No es la virtud quien yace amortajada
en ese caserón viejo y sombrío,
como en inmensa tumba sepultada:
ahí viven el error y el extravío.

La virtud va donde la angustia gime
y allí, de compasión el alma henchida,
cumple, incansable, su misión sublime:
aminorar los males de la vida.

Vela al enfermo, pone cuidadosa
el bálsamo en la llaga nauseabunda
y va a llevar su ofrenda generosa
de la miseria a la guarida inmunda.

Pronta a la lucha, pronta al sacrificio,
porque la santa caridad la alienta,
entra animosa en la mansión del vicio
y arrancarle sus víctimas intenta...

¡Cuánta existencia juvenil gastada
en la estéril quietud que el claustro escuda,
por lastimoso error sacrificada
con ciega fe: la estupidez no duda!

¡Y cuántas de esas míseras mujeres
cuando a ese abismo, ilusas, se arrojaron,
desoyendo la voz de sus deberes,
a una madre o a un padre abandonaron!

Poco valor a la virtud concede,
y la sagrada caridad olvida,
el que estrecha el espacio donde puede
hacer bien: lo más santo de la vida.

1903.

BOUDOIR

A Enrique José Varona.

Del arte y la riqueza los primores,
blancas cortinas de ligero encaje,
caprichoso y magnífico mueblaje
de oro y seda de vívidos colores.

En un óleo se besan dos pastores
escondidos de un bosque entre el ramaje;
y airados luchan con igual coraje
en un grupo de mármol dos Amores.

Una ninfa gentil de porcelana
al viento esparce su cabello suelto
arqueando el talle en actitud graciosa.

Yacen en un diván dorado y grana
un libro, y un corsé blanco y esbelto,
y en un búcaro azul, muere una rosa.

Mayo 30 de 1895.

A....

En el mundo una vez nos encontramos
¿te acuerdas?, tú los brazos me tendiste,
yo iba absorta en un sueño deslumbrante
y ni siquiera me detuve a oirte.

Nos separó la suerte. Me olvidaste.
Irguióse la desgracia en mi camino
y al despiadado golpe de su mano
vi mi sueño de luz, desvanecido.

De entonces han pasado lentamente
muchos años cargados de tristezas,
llevándose mis gritos de agonía,
dejándome glacial indiferencia.

De aquel tiempo de dicha los recuerdos
melancólicos vuelven a mi alma,
como en la tarde las azulas olas
vuelven gimiendo a la desierta playa.

Y del hondo letargo en que rendida
yazgo sin esperanzas ni deseos,
con íntima amargura despertando,
siento a veces nostalgia de tu afecto.

Y un vago y melancólico deleite
halla mi alma en evocar tu imagen,
no del amor con el febril delirio;
de la amistad con la ternura suave.

Tal vez lleve algún día compasivo
el azar a tus manos estos versos
y tal vez ellos logren que un instante
reviva en tu memoria mi recuerdo.

Septiembre, 1895.

A MARIA TERESA DUARTE

Tú tienes la belleza dulce y suave
que oculta entre sus hojas la violeta,
la belleza apacible con que irradia
trémulo resplandor tímida estrella.

Blanca paloma de medroso vuelo,
en su pureza virginal tu alma
sólo sueña con goces inocentes
y con ternuras tímidas y castas.

Tu voz es blando y amoroso arrullo,
las frases en tus labios son caricias,
y luz que aleja del dolor la sombra
es tu mirada cándida y tranquila.

Septiembre, 1896.

A UNA NIÑA MUERTA

Cuando iba la crisálida inocente
a convertirse en áurea mariposa,
cuando el pimpollo ruboroso y tímido
iba a trocarse en aromada rosa,

cuando llegaba entre festivos cantos
la juventud con sus visiones bellas
a colocar sobre su blanca frente
la corona de flores y de estrellas,

adelantóse, pavorosa y muda,
la muerte con su lúgubre tristeza,
y descargó su despiadado golpe
sobre su hermosa y cándida cabeza!...

¡Airecillo ligero y regalado,
que dulce queja exhalas halagüeño,
con tu murmullo cadencioso y suave,
arrulla de la niña el triste sueño!

¡Flores, que en torno de su blanca losa
crecéis, vuestros colores ostentando,
sobre ella derramad, enamoradas,
vuestro perfume embriagador y blando!

¡Estrellas, que calladas y serenas
en la noche lucís vuestros fulgores,
sobre la tumba en que por siempre duerme,
derramad vuestros rayos tembladores!...

EL PRIMER BESO

A Diego Vicente Tejera.

Su luz radiante el sol de la mañana,
cual polvo de oro que en el aire riela,
al través del cristal de la ventana
derramaba en la alcoba de Graciela.

Allí, en el nido aquel blanco y risueño,
donde todo encantaba la mirada,
la niña, ya despierta de su sueño,
en su lecho de encajes reclinada,

con los negros cabellos esparcidos,
fijos los negros ojos relucientes,
y entreabiertos los labios encendidos
dejando ver el nácar de sus dientes;

pensaba ensimismada en esas cosas
—sonrientes y fúlgidas quimeras—
en que piensan las niñas candorosas
cuando tienen catorce primaveras.

Dejó al fin su abstracción, y al ver cercano
sobre un mueble un retrato de su primo,
sentándose, alargó la blanca mano
haciendo un gesto de desdén y mimo.

Parecióle al cogerlo que el retrato
atento la miraba, absorto y mudo,
y avergonzada, con pueril recato,
tapóse el seno trémulo y desnudo.

Contempló del mancebo el rostro hermoso,
largo rato, y en dulce devaneo,
en su semblante cándido y gracioso,
con destello fugaz brilló un deseo.

En honda confusión dudó un instante,
y después, de pasión sintiendo accesos,
ansiosa, conmovida y palpitante,
dió al retrato el más tierno de los besos.

Y con la faz por el rubor pintada,
volvió la vista a un lado vivamente,
no atreviéndose, tímida y turbada,
a mirar el retrato frente a frente...

¿Verdad que es una dicha incomparable
ser niña, candorosa y hechicera,
sentir con turbación inexplicable
el tierno afán de la pasión primera,

a sus delirios entregarse ufana
con inocente y púdico embeleso,
y en una hermosa y fúlgida mañana
soñar temblando la embriaguez de un beso?

REINA DE SALON

A Enrique Fontanills.

Con su traje suntuoso y deslumbrante
adornado de joyas y de flores,
en medio de una corte de amadores
ostenta altiva su beldad triunfante.

Como un himno de amor, dulce y vibrante,
acarician su oído, halagadores,
el ¡ay! que arrancan íntimos ardores,
la frase apasionada y palpitante.

Sintiendo del placer la fiebre loca,
se burla de las ansias que provoca;
no ante el daño que causa finge pena,

ni su insolente orgullo disimula,
y entre el sordo murmullo que la adula
su carcajada musical resuena.

Octubre de 1900.

BLANCA GARCIA MONTES

Revelador de tu ideal belleza,
ante mis ojos ávidos,
como visión de enamorado ensueño,
sonríe tu retrato.
Y al mirarlo me acuerdo de las flores
que en las mañanas fúlgidas
derraman sus perfumes embriagantes
y ostentan su hermosura;
del arroyuelo que riendo salta
al chocar con las guijas,
formando copos de brillante espuma
que con el sol se irisa;
de la nube rosada que parece
jirón de leve gasa;
de los arrullos cándidos y tiernos
de las palomas blancas;
del amor, de la gloria, de la dicha,
de todo lo que es bello,
de todo lo que encanta la existencia,
al mirarte, me acuerdo...

Tú tienes la belleza que subyuga,
que arrastra y enajena,
la que ciñe a las sienes femeniles
la corona de reina.
Tú haces sentir de goces imposibles
nostálgicos anhelos,
tú abres la puerta del dorado alcázar
donde habitan los sueños.
Tú puedes doblegar de una mirada
un alma altiva y fiera,
y puedes, como un hada, en un instante,
dar la dicha suprema.

OTOÑO

El cielo de matices apagados,
el sol destellos pálidos vertiendo,
lanza el viento suspiros desolados,
las hojas amarillas, van cayendo.

De pie, muda e inmóvil, apoyada
del balcón en el férreo barandaje,
con honda y melancólica mirada
contempla la tristeza del paisaje.

Brillan algunas canas en la oscura
madeja que corona su cabeza
y su tez ha perdido su frescura,
como una flor que a marchitarse empieza.

Del otoño abismada en la congoja,
un pensamiento que la abruma impío,
su sombra triste en su semblante arroja:
se aproxima el invierno, y siente frío.

Febrero de 1897.

PRIMAVERAL

El sol es el amante de las plantas,
y en su rico serrallo de sultán
se estremecen de amor todas las bellas,
de su mirada al ígneo fulgurar.

Revela de la rosa peregrina
la virginal y púdica emoción
el tinte de sus flores que parecen
frescas mejillas que encendió el rubor.

Sobre su ramo cimbrador y verde,
se alza trémulo y pálido el jazmín,
como tierna belleza a quien tortura
el loco afán de la pasión febril.

Encendida en el fuego del deseo,
perfumada y gentil, muestra el clavel
su roja flor, como ardorosa boca
donde los besos palpitar se ven.

Luce en ancha maceta ante mi reja,
y a solas me deleita contemplar,
una planta gallarda y arrogante
que no adorna con flores su beldad.

Sobre tallos violados y flexibles,
que se mecen en rítmico vaivén,
abre sus grandes hojas verde oscuras,
suaves como la tez de una mujer.

Y cuando—amante indómito y fogoso—
en transporte magnífico de amor,
insaciable, en las hojas y en los tallos
con ardiente avidez la besa el sol;

se estremece en espasmo voluptuoso,
vacila un punto trémula, y después
desfalleciendo en lánguido desmayo
se doblega rendida de placer.

Mayo, 1897.

A MI HERMANA MARIA

Dime, linda María,
flor que ahora empiezas a entreabrir tu broche,
si cuando nace el sol, huye la noche,
porque el sol es el día,
¿cómo, niña adorada,
del corazón calmando los enojos,
en medio de la noche de tus ojos
brilla radiante el sol de tu mirada?

RIMA

En mis noches tranquilas y tristes,
mi monótona calma no turban
la inquietud con su afán devorante,
ni el dolor con su intensa amargura.

No me agita impaciente el deseo,
la esperanza falaz no me alienta,
ni me dice mentiras hermosas
la ilusión con su voz de sirena.

Adormidos mis hondos pesares,
un placer melancólico encuentro
evocando memorias lejanas,
o forjando imposibles ensueños.

Como el náufrago la árida peña,
do reposa de angustias ya libre,
amo yo la monótona calma
de mis noches tranquilas y tristes.

MIS SUEÑOS

A Francisco G. Garófalo y Morales.

Mis sueños son un mundo donde nunca
exhala sus gemidos el dolor,
ni la maldad derrama su veneno
ni el odio deja oir su áspera voz.

Donde hace alborozada la alegría
sus risas y sus cantos resonar,
y el amor como un astro deslumbrante
difunde su celeste claridad.

Allí no van sombrías las tristezas
con saña cruel mi corazón a herir;
la lucha y las miserias de este mundo
mi espíritu rendido, olvida allí.

Palpitante y ansiosa, al sentimiento
allí vuelve mi alma a despertar,
y se embriaga de goces inefables
que en la tierra buscó con vano afán.

Allí vuelvo a encontrar las dulces horas
en que besó mi frente la ilusión.
Y tan cerca de mí pasó la dicha,
que casi con sus alas me tocó.

Si a veces me veis sola, absorta y muda
no me compadezcáis al verme así;
es que estoy en el mundo de mis sueños
y allí con mis quimeras soy feliz.

Enero 20 de 1895.

PELE-MELE

I

Cual se ve en lago brillante
el azul del cielo en calma,
se ve en tu hermoso semblante
la belleza de tu alma.

II

Cuerpo de ninfa, rostro de ángel,
inspira ensueños de dicha ignota,
no he visto nunca mujer más bella
ni más idiota.

III

Qué bien me encuentro en mi lecho
tan caliente y tan mullido;
pero pienso con angustia
que los pobres tienen frío.

IV

Sin esperanzas ni anhelos
mi pena dormida está;
pero desgarran mi seno
las penas de los demás.

V

Llega la primavera derrochando
luz, cadencias, perfumes y colores,
y se abren en mi mente las estrofas
como en el campo las humildes flores.

A LUISA CHARTRAND

Un resplandor extraño que fascina
vierte en tu bello rostro
la luminosa y ondulante llama
de tus cabellos rojos.

En la mirada intensa y abrasante
de tus negras pupilas
hay promesas de goces ignorados,
y de inefable dicha.

De tu boca de púrpura y de nieve
la risa alborozada
tiene notas del canto de la alondra
que anuncia la mañana.

Tu cuerpo escultural es como un lirio
blanco, frágil y esbelto,
y andas, como esas hadas intangibles
del mundo de los sueños.

Tu manecita de hechicera, arranca
al piano estremecido,
del duelo el llanto, del placer la risa,
de la pasión el grito.

Por espontáneo impulso de tu alma,
que la mía conmueve,
tú vienes a ofrecerme generosa,
tu amistad inocente,

tu expansión juvenil, tu gracia ingenua,
tu charla encantadora,
como el que un haz de perfumadas flores
sobre una tumba arroja;

tú vienes a esparcir luz de alborada
en mi triste sendero;
yo para darte en cambio, tengo sólo
mi cariño y mis versos.

Diciembre, 1900.

RECORDANDO A OSCAR WILDE

De majestad y de grandeza llena,
por la atmósfera límpida y serena,
el aura vaga en su tranquilo vuelo,
y parece que toca
la gasa azul del cielo.
En su ascensión altiva que provoca
indefinible anhelo,
la sigue la mirada
absorta y encantada;
mas cuando baja al suelo,
al que cerca la mira,
su fealdad asquerosa
sólo desprecio y repulsión inspira.
Así a veces el genio que admiramos,
cuando su vuelo tiende
por la región del arte luminosa,
con su excelsa grandeza nos sorprende;
y si cerca su alma sondeamos,
con tristeza profunda
sólo en él encontramos
repugnante fealdad, miseria inmunda.

A MI HERMANA MARIA

De la infancia la cándida alegría
encanta todavía
a tus serenos ojos la existencia,
y al calor de ducísimos amores,
ni dudas ni temores
enturbian el cristal de tu conciencia.

No es más bella que tú ni más brillante,
la visión deslumbrante
que ve, absorto el poeta en su extravío,
entre rayos de luz bajar del cielo
envuelta en áureo velo,
a calmar su ardoroso desvarío.

Afrentan el fulgor de las estrellas
las vívidas centellas
de tus negras pupilas relucientes;
y a las perlas del mar causan agravios
entre tus frescos labios
las brilladoras perlas de tus dientes.

Desatándose en ondas por tu espalda
desciende hasta tu falda
como negro raudal tu cabellera;
y hay en tu tez el tinte de la rosa
que se abre ruborosa
a los rayos del sol de primavera.

Te arrullan en tus dulces embelesos
los maternales besos;
la sombra de penosa remembranza
no turba tus ensueños de ventura;
y a tu oído murmura
inefables promesas la esperanza.

Tú no sabes siquiera que hay quien llora
con pena abrumadora,
una hermosa ilusión desvanecida,
única estrella que con luz radiante
iluminó un instante
la pavorosa noche de su vida!

Que hay quien fingiendo indiferencia y calma,
en lo íntimo del alma
oculta su inquietud y sus enojos,
mientras rasga su seno honda tortura
y el mar de su amargura
sube en olas de llanto hasta sus ojos!

Quien cruza, ya agotado el sentimiento,
sin placer ni tormento,
de su existencia el árido camino.

Autómata que a todo indiferente,
se mueve torpemente
dejándose arrastrar por el destino!...

¡Ah! que nunca se nuble la alegría
que encanta todavía
a tus serenos ojos la existencia,
y al calor de dulcísimos amores,
ni dudas ni temores
enturbien el cristal de tu conciencia!

A MI HERMANA ASUNCION

Deslumbrantes ensueños
que acariciáis las juveniles almas,
revolad amorosos, siempre, siempre,
en torno de su frente erguida y casta!

Fúlgidas alegrías
que embellecéis nuestra existencia amarga,
venid, venid, radiantes y risueñas,
de inefables placeres a embriagarla!

Recónditas tristezas
que sin piedad rasgáis nuestras entrañas,
que vuestra densa sombra nunca, nunca,
oscurezca su faz hermosa y cándida.

Marzo 12, 1892.

A LA SEÑORITA ROSA MONTALVO

Te vi en el baile, junto a mí risueña
pasaste, cual visión deslumbradora,
con tu fúlgido rostro de querube
y tu cuerpo de Diana cazadora.

Y dije: ¿Es una driada que en el bosque,
deshoja flores en su aérea falda,
y se adormece en la mullida alfombra
de su ondulante alcázar de esmeralda?

¿O es una nereida que entre espumas surge
al viento sueltas las guedejas blondas,
y se mira gozosa y sonriente
en el cristal de las tranquilas ondas?

¿O un ángel que dejando sus regiones,
bajó a la tierra en nítido celaje,
y lleva ocultas las doradas alas
entre los pliegues de su azul ropaje?

Y, tributo a tu espléndida hermosura,
de mi lira los ecos gemidores
te doy ahora, cual los di otras veces,
a los astros, las aves y las flores.

A MI HERMANA ISABEL

Invisible a nuestro lado
hay siempre un ángel hermoso
que por Dios es enviado
para velar destinado,
por nuestro bien, amoroso.

De nuestra frente apartando
del mal la horrible inquietud,
nuestros dolores calmando,
nos inspira, tierno y blando,
sueños de amor y virtud.

Cuando un sentimiento hermoso
nos conmueve dulcemente,
vuelve hacia el cielo gozoso
su semblante cariñoso
de dicha resplandeciente.

Mas si nos ve despreciando
de la virtud el tesoro,

triste, los ojos bajando,
oculta el rostro llorando
entre sus alas de oro.

Niña: que el ángel hermoso
que te guarda, enternecido,
cumpla su misión dichoso
y al contemplarte amoroso
jamás exhale un gemido.

1880.

RIMA

Yo he visto, con intensas
angustias, indecibles,
¡desgracias tan inmensas,
infamias tan horribles!...

RIMA

En el triste sendero de mi vida
vuelven a contemplar
mis fatigados ojos el espacio
que he recorrido ya.

Y sólo ven, entre medrosas sombras,
abrojos que, al pasar,
bañándose en la sangre de mis venas,
¡me hirieron sin piedad!

Al través de mi llanto vuelvo entonces
con doloroso afán
mis ávidas miradas al espacio
que aun tengo que cruzar.

Y sólo encuentro entre medrosas sombras
abrojos que, al pasar,
bañándose en la sangre de mis venas,
a herirme volverán!

Para seguir el fatigoso viaje
¡no tengo fuerzas ya!
¿Cuándo la muerte me abrirá su asilo
de reposo y de paz?...

1875.

A LOLA DE LA TORRE

Te conocí, niña hermosa,
y por ti en el alma mía
nació al punto impetuosa
esa atracción misteriosa
que se llama simpatía.

Por eso siempre que veo
tu semblante sonriente,
siento en dulce devaneo
no sé qué tierno deseo
de darte un beso en la frente,

de contarte sin temor
en tu seno reclinada
los dulces sueños de amor
que, olvidando mi dolor,
aun acaricio extasiada...

Que mucho, si eres tan pura
y tan bella, que al mirarte,

tu angelical hermosura
llena el alma de ternura,
y verte, Lola, es amarte...

Que siempre buena y hermosa
seas de tu padre el consuelo,
que sea tu vida dichosa,
mientras tu madre amorosa
te bendice desde el cielo.

1880.

MARGARITA

Entre unos trastos viejos escondida,
la faz descolorida,
la cabellera enmarañada y seca,
con su traje de raso, azul y grana,
me encontré esta mañana
a Margarita, mi última muñeca.

Y mi niñez con sus radiantes días
de locas alegrías,
con sus tiernos y cándidos antojos
y sus ensueños de inocente gloria,
pasó por mi memoria,
y nublaron las lágrimas mis ojos...

Ya no mueve la pobre Margarita
su rubia cabecita,
ni sus ojos, azules y rasgados,
de dulce y melancólica belleza,
que en su extraña fijeza
parece que me miran asombrados,

cual si en vano mi antigua compañera
reconocer quisiera
a la niña risueña y aturdida
en la mujer de penas abrumada,
que arrastra fatigada
la insoportable carga de la vida.

¡Ay, Margarita! Sin piedad, los años,
con mis dulces engaños,
se llevaron mi calma y mi alegría
al desgarrar de mi inocencia el velo,
y hay un siglo de duelo
sobre mi frente pálida y sombría...

La ventura, esa luz cuyos reflejos
brillantes, a lo lejos
la esperanza nos muestra y nos promete,
y en vano en alcanzar nos esforzamos,
de nuestra alma arrojamos
al arrojar nuestro último juguete.

Junio, 1889.

RIMAS

¿Te acuerdas? No hace mucho nuestras almas
unidas se adoraban de tal suerte,
que juramos amarnos con delirio
hasta en el mismo seno de la muerte.

Mas después... qué se yo! Pasó algún tiempo,
el incendio voraz se fué apagando,
y ya tú has olvidado mi cariño,
y yo recuerdo el tuyo bostezando!

Con su incesante, abrasador anhelo,
¿dónde está nuestro amor ardiente y loco?
¿En dónde está nuestra pasión inmensa?
¿Que no lo sabes tú?... Ni yo tampoco...

A MARGARITA AZCARATE

Es tu cándida frente
sereno cielo,
tu risa es el murmullo
del arroyuelo,
y tu mirada
la claridad radiante
de la alborada.

Del dolor, bella niña
el dardo aleve
aún no ha herido tu seno
de rosa y nieve,
aún en tu alma
guardas de la inocencia
la dulce calma.

Como escuchas sin dudas
ni desconfianza
las hermosas promesas
de la esperanza,

siempre serenos
acarician tu mente
cándidos sueños.

Ay! que no vengan nunca
las decepciones
a arrancar de tu alma
las ilusiones,
y que los años
no desgarren el velo
de tus engaños.

Preciosa Margarita
que entre otras flores
descuellas inspirando
tiernos amores,
que la tristeza
no marchite el tesoro
de tu belleza.

A MI HERMANA ISABEL
EN LA MUERTE DE SU ESPOSO

De sus ojos de espléndida belleza
que irradiaban la luz y la alegría,
revela la mirada hosca y sombría
recóndita tristeza.

Ostentado del gozo el suave encanto
no se abren ya sus labios sonrientes,
y sólo muestra el nácar de sus dientes
la contracción del llanto.

Sus dulces sueños de ventura y calma
disipó la desgracia pavorosa,
y cayó tenebrosa
la noche del dolor sobre su alma.

Esposa amante y tierna,
con llanto desolado

del esposo adorado
llora la ausencia eterna;

y un cuadro pavoroso a su mirada,
que aún del espanto la fijeza muestra,
sin cesar la memoria despiadada
hace surgir como visión siniestra.

A la pálida luz de la bujía,
la estancia en cuyas sombras parecía
que la muerte vagaba;
y en el lecho tendido,
cual gladiador rendido,
el mancebo arrogante
que imagen de la fuerza semejaba,
cárdeno el labio, lívido el semblante
y fija la mirada oscurecida
en que ya se apagaba
la postrimera llama de la vida,
escucha de sus labios todavía,
ahogado y desgarrante,
brotar el estertor de la agonía,
horrible mezcla de rugir y llanto
himno extraño y medroso
cuyo eco tremuloso
el alma llena de pavor profundo,
en que con notas de dolor y espanto
da su adiós a la vida el moribundo!

Ah! dejadle llorar su desventura
no le habléis de consuelo
los que la amáis con íntima ternura,

en vano ahora vuestro amante anhelo
quiere enjugar su llanto adolorido;
dejad que el tiempo con estoica calma
tienda el blanco sudario del olvido
sobre el dolor inmenso de su alma.

1890.

¡POBRE CASAL!

Ayer las ilusiones, la esperanza,
los triunfos, los anhelos insaciables,
los amores, los goces, las tristezas,
la lucha, los ensueños deslumbrantes!

Y hoy la calma espantosa de la nada,
un féretro en el fondo de una fosa,
el silencio profundo, el hondo sueño,
la infinita quietud, la eterna sombra!...

Octubre, 27, 1893.

BAÑO DE MAR

Brilla espléndido el sol del mediodía,
son el cielo y el mar de azul luciente,
y la bella con cándida alegría
retoza entre las olas sonriente.

Aureo cendal de fúlgido destello
que hábil mano recoge y aprisiona,
forma el rubio y magnífico cabello
sobre su blanca sien regia corona.

El azul de sus ojos relucientes
al cielo y a las olas causa agravios,
y deslumbra la nieve de sus dientes
entre la fresca rosa de sus labios.

Bajo el agua que ondula abrillantada,
—cendal suntuoso que la luz irisa—
resalta su blancura sonrosada
junto al pálido azul de su camisa.

Ya nada sin temor al choque rudo
de las olas que llegan espumantes,
ya hiere el agua con su pie desnudo
y al golpe saltan fúlgidos diamantes.

Ya del baño a la tosca escalinata
sube, y de pie sobre la piedra oscura,
entre el oleaje de cristal y plata
se yergue como espléndida escultura.

Y aumentando su encanto poderoso,
de su camisa la mojada tela
ciñe las curvas de su cuerpo hermoso
y sus contornos plásticos revela.

Ya, de nuevo graciosa y retozando,
sobre la ola indómita o sumisa,
brillan del agua entre el murmullo blando
las cristalinas notas de su risa.

Septiembre, 1901.

LA PASION

Negro el cabello, largo y abundoso,
se derrama en indómito oleaje
sobre su blanco cuerpo voluptuoso,
que se dibuja escultural y airoso
entre el purpúreo y desceñido traje.

Por rizadas pestañas sombreados
despiden llamaradas deslumbrantes
sus grandes ojos negros y rasgados,
y relucen sus dientes nacarados
entre sus rojos labios palpitantes.

De su faz la expresión viva y movible
ora exprese placer, ora tortura,
es de un encanto intenso e indecible
y tiene una atracción irresistible
su salvaje y magnífica hermosura.

Cuando el amor la embriaga y la enloquece,
de fiebre devorante en el exceso,

el ansia que la abrasa y la estremece
al hambre de la fiera se parece,
y da toda la vida por un beso.

Llega al extremo del dolor humano
por quiméricos celos torturada,
desfallece al contacto de una mano,
y halla un siglo de goce sobrehumano
en el rayo fugaz de una mirada.

Es bacante o vestal, hiere o perdona;
de un vértigo diabólico o divino
al invencible impulso se abandona,
y ora ostenta del héroe la corona,
ora esgrime el puñal del asesino.

Sublime o vil, su voz conmovedora
levanta al resonar, eco profundo;
y fuerte cuando manda y cuando implora,
la trágica, del drama creadora,
hace a su antojo estremecerse al mundo.

A NENA HERRERA

Cuando miro tu rostro divino,
me invade la estesia
y mis ansias dormidas de artista
febriles despiertan.

Del pintor me conmueve el ardiente
nostálgico anhelo,
y quisiera fijar en la tela
tus rasgos perfectos.

Deleitarme en copiar de tu carne
el pálido rosa,
de tus suaves cabellos castaños
las dóciles ondas.

De tus pardos y fúlgidos ojos
de largas pestañas,
adormidos, rasgados y grandes,
la tierna mirada.

De tu boca pequeña y graciosa,
cual flor matutina,
de carmín y de nácar formada,
la alegre sonrisa.

La celeste expresión inefable
que anima tu rostro,
de tu esbelta figura de ninfa
los puros contornos...

¡Quién pudiera, oh suprema hermosura,
pintar tus hechizos,
y fijar en la tela o la estrofa
tu rostro divino!

Noviembre, 1904.

VESPERTINA

A Catalá.

Del convento de muros agrietados,
en las torres aisladas y sombrías
canta el viento medrosas elegías
de la tarde a los rayos apagados.

Y en sus negros ropajes embozados,
por las anchas y oscuras galerías,
discurren tras las férreas celosías
los monjes, como cuervos enjaulados.

Conformes con la paz de su existencia,
soñando con las dichas celestiales
en ascético y dulce devaneo,

o, en turbación profunda la conciencia,
pensando en los deleites terrenales
con la fiebre abrasante del deseo.

Agosto, 1903.

EN EL ALBUM DE MERCEDES MATAMOROS

Un álbum. Canta Musa, y no reprimas
tus notas de recóndita tristeza,
que ahora no vas a desgajar tus rimas
a los pies de una estúpida belleza.

Débil tributo de entusiasmo ardiente,
hoy de tus versos las humildes flores
guirnaldas formarán para una frente
ungida por el genio y los dolores.

Vibrante, en las estrofas de tu llanto
palpite el sentimiento que te inflama,
la bella que esta vez oirá tu canto
tiene un alma que piensa, siente y ama.

Que asciende a las regiones luminosas
do el ideal inaccesible habita,
y desciende a las simas tenebrosas
en que la angustia se retuerce y grita!

... ...

¡Oh soñadora! Tu inspirado canto
que las almas seduce y enajena,
tiene el celeste y poderoso encanto
de la blanda canción de la sirena!

Proscripta en este mundo de tormentos
de alguna estrella espléndida y lejana,
sin duda allí aprendiste esos acentos
que arrancas a tu lira soberana!...

Despiertan mis tristezas adormidas,
mis lejanos recuerdos evocando,
la voz de tus estrofas doloridas,
palomas que sollozan arrullando.

Que en mis horas radiantes y serenas
la ventura soñé que tú has soñado,
y en el cáliz amargo de mis penas
hay gotas de la hiel que has apurado!...

Tu pluma—blando cetro que sostienen
tus manos nacaradas y gentiles—,
es cual la vara mágica que tienen
las hadas de los cuentos infantiles.

Ella muestra encantados y brillantes
los cuadros que creó tu fantasía,
de ella brotan los versos deslumbrantes
cual lluvia de irisada pedrería!

Templó el dolor tu númen, en tu canto
—de un alma virginal eco adorable—
puso las notas trémulas del llanto
y te dió su elocuencia incontrastable!

Del destino los golpes inhumanos
destruyeron tus dulces alborozos,
y con la lira excelsa entre las manos
prorrumpiste en magníficos sollozos.

FLOR DE UN DIA

A la luz de la tarde, la niña
del balcón en la reja apoyada,
en su tierna congoja más bella,
mira al mar a través de una lágrima.

Ya no alcanza su vista la nave
que se lleva al marino gallardo
que en sus castos amores de un día,
tantas veces le dijo: ¡Te amo!

¡Con qué intensa ternura recuerda
su mirada, su voz, sus palabras!...
¡Cuánto envidia la niña inocente,
de la blanca gaviota las alas!

... ...

¿Qué hace, en tanto, el hermoso marino
de su lado tan lejos, tan lejos?...
¿La verá con los ojos del alma?
¿Le enviará con los dedos un beso?...

Ese amor tan fugaz como suave,
cuyo encanto tan pronto se rompe,
ese efímero amor, destinado
a vivir lo que viven las flores,

de la vida es acaso el más dulce,
pues sin darnos dolores intensos,
nos ofrece unas horas de dicha
y nos deja un hermoso recuerdo.

Abril, 1905.

EL POETA

Obtuvo el primer premio en los Juegos Florales celebrados por la Colla de Sant Mus, en la Habana, en la noche del 28 de noviembre de 1888.

INCLINADA la frente
que iluminan celestes resplandores,
en las manos llevando dulcemente
la lira con que ansioso
sus penas llora, o canta sus amores;
por insólito duelo el alma herida,
y soñando afanoso
encantos y alegrías de otro mundo,
con desmayo profundo
va cruzando el sendero de la vida.
La virtud, endulzando su existencia,
derrama en su conciencia
su plácido destello
y su inefable calma;
y es el templo su alma
de lo grande y lo bello.

Son las notas vibrantes de su lira
el murmullo del viento que suspira,
del avecilla el trino enamorado,
el grito aterrador de la tormenta
desatada y violenta,
y el rugido del mar alborotado!
Y ora su voz con lánguida dulzura
exhala blanda queja de ternura,
—arrullo de paloma que acaricia—,
ora a la libertad canta exaltada,
ora se alza indignada
combatiendo el error y la injusticia;
ora enérgica, ardiente y poderosa,
haciendo estremecer los corazones,
pinta de las pasiones
la lucha pavorosa.
En la regia cabeza
lleva un mundo de espléndida belleza,
y en el pecho un tesoro
de ternura infinita.
Para calmar el misterioso anhelo
que sin cesar lo agita,
con sus alas de oro
descendiendo del cielo,
la Musa besa su abrasada frente;
y olvidando el pesar que lo devora,
vuela ansiosa su mente
a regiones de luz deslumbradora!
Mas ¡con qué amargo desaliento gime,
cómo el dolor su corazón oprime,
al despertarlo impía
la realidad abrumadora y fría!

Los que ignoráis su suerte y sus tormentos,
y sus cantares escucháis en calma,
¿sabéis que esos acentos
son los hondos sollozos de su alma?
¿Sabéis que el canto de dulzura lleno,
de su triste laúd trémula nota,
es la sangre que brota
de la mortal herida
que desgarró su seno
en el rudo combate de la vida?...
¡Ah! ¡No turbéis su soledad, poblada
de visiones radiantes!
dejad a su alma enferma y fatigada,
que en éxtasis profundo,
olvide sus tristezas devorantes,
y se aleje del mundo
en alas de sus sueños deslumbrantes!

A UN ROSAL

A mí queridísimo amigo
Nicolás Azcárate.

AYER, lozano y hermoso
de frescas flores ornado,
encanto siendo del prado
te ostentabas orgulloso;
el cefirillo amoroso
trémulo te acariciaba,
con tu aroma se embriagaba,
y, bardo de tu belleza,
un poema de terneza
entre tus hojas cantaba.

Hoy sin brillo ni frescura,
abatido y humillado,
te inclinas como abrumado
por inmensa desventura;
ya con tu altiva hermosura
a tus rivales no enojas,

el viento, que tus congojas
llora con tristes rumores,
deshojó todas tus flores,
se llevó todas tus hojas!

¡Ay! también el alma mía,
donde la ventura ha muerto,
rosal de flores cubierto
era en no lejano día;
y de la desdicha impía
entre las sombras odiosas,
murieron como tus rosas
nacaradas y fragantes,
mis ilusiones brillantes,
mis esperanzas hermosas!

Lloramos en triste ausencia,
tú, tus galas peregrinas,
yo, las quimeras divinas
forjadas por mi inocencia.
¡Qué pronto en esta existencia
de afanes y de dolores,
se nublan los resplandores
de nuestros días risueños,
se desvanecen los sueños
y se deshojan las flores!

A MI HERMANA ASUNCION

Crisálida que en linda mariposa
te miras convertida,
y tus alas de nácar y de rosa
despliegas sorprendida.

Botón de flor que al recibir temblando
del aura el beso leve,
abres al fin, aroma derramando
tu cáliz de oro y nieve.

Pajarillo feliz que el blando nido
dejas con vivo anhelo,
y al espacio mirando estremecido
quieres volar al cielo!

Con júbilo inocente, candoroso,
viendo luces inciertas,
del sueño delicioso de la infancia
ruborosa despiertas.

A tu vista anhelante y encantada
todo hermoso aparece,
el paisaje que miras extasiada
ni una sombra oscurece.

En brazos del candor adormecida,
ensueños seductores
te muestran el sendero de la vida
alfombrado de flores.

¡Ay! Que nunca se empañe de tu cielo
la hermosa transparencia,
que no se rasgue nunca el blanco velo
de tu pura inocencia.

A FORNARIS

Vate, que de visiones halagüeñas
que en tus delirios sueñas,
enamorado guardas un tesoro,
y con el alma de ternura henchida,
la senda de la vida
cruzas, cantando con tu lira de oro,

cuyo acento remeda tierno y blando,
del viento susurrando
el lánguido y cadente murmurío,
del avecilla oculta en la enramada
la endecha enamorada,
o el arrullo dulcísimo del río.

¡Ay! No me pidas que module un canto,
mi voz ahoga el llanto,
y sólo exhalo lúgubre gemido;
que, reprimiendo mi dolor profundo,
camino por el mundo
llevando el corazón de muerte herido.

Si, como denso y enlutado velo,
la sombra de mi duelo
a oscurecer mi frente no viniera,
te pintara de un mundo que he soñado,
el edén encantado,
y mis versos más dulces te ofreciera.

Que oyendo de tu canto melodioso,
el ritmo cadencioso,
que suave vibra de ternura lleno,
por plácida emoción enternecido,
inquieto y conmovido,
más de una vez se estremeció mi seno.

Que hay en tu acento tierno como el llanto
indefinible encanto,
que blandamente el corazón agita;
por eso siempre habrá con vivo anhelo
de Cuba bajo el cielo,
quien tus versos dulcísimos repita!

29 de Julio de 1888.

A MI SOBRINA
ASUNCION GIRAL Y DUARTE

Niña la más hermosa
que he conocido,
voy hacerte los versos
que me has pedido;
aunque segura
de que serán indignos
de tu hermosura.

Tus ojos son dos astros
cuyo destello
ilumina tu rostro
pálido y bello,
y flor temprana
es tu boca que ostenta
nácar y grana.

Cuando pasas ligera
cual ninfa alada,

tal parece que esparces
luz de alborada;
algo del cielo
hay en ti, que despierta
místico anhelo.

De tu dichosa infancia
los embelesos
arrullan de tus padres
los tiernos besos,
y la existencia
ves al través del prisma
de tu inocencia.

Tus lágrimas—rocío
que el aura seca—
olvidas conversando
con tu muñeca:
que en tu camino
sólo aromadas flores
regó el destino.

¡Que siempre la ventura
tienda riente
sus sonrosadas alas
sobre tu frente,
y que tus días
se embellezcan con todas
las alegrías!

No con desdén arrojes
mi pobre ofrenda;
estos humildes versos
guarda cual prenda
de mi ternura,
por más que sean indignos
de tu hermosura.

1891.

A MI SOBRINA MARIA ISABEL

Tienes talle gentil, esbelto y grácil
boca de rosa y nácar
y manos que parecen
en nítido alabastro modeladas.

Es tu voz infantil plácido arrullo
que acaricia y deleita;
y seduce tu gracia
a un tiempo candorosa y picarezca.

Tu risa musical el alma hechiza,
locuela encantadora,
al estallar vibrante
en explosión de cristalinas notas.

Y cuando llegas con tu andar ligero
como de ninfa alada,
parece que te envuelve
un rayo de la luz de la mañana.

1904.

JULIO

Recompensado con medalla de oro por "Cuba y América", que pidió el soneto e indicó el tema.

Ostenta el campo su verdor lucido,
de intenso azul el cielo se colora,
y el Sol vierte su luz deslumbradora
ardiente como el oro derretido.

Es un amante de pasión rendido
ante la hermosa Cuba a quien adora,
que a su ávida caricia abrasadora
abandona su cuerpo enardecido.

Y en languidez erótica postrada,
voluptuosa, gentil y enamorada,
a sus besos ofrece incitadores,

perfumados con lúbricos aromas,
ya los erectos senos de sus lomas,
ya los trémulos labios de sus flores.

1907.

MAGNOLIA (1)

Un rostro primoroso de querube,
negros cabellos y pupilas negras,
y un cuerpo escultural, que airoso ciñe
rico ropaje de crujiente seda.

Encanta la sonrisa de su boca,
rosada flor de aljofarado broche,
y la tierna mirada de sus ojos
hace soñar desconocidos goces.

Con mórbidos contornos de escultura
fué modelado su marmóreo cuello
para ostentar espléndidos diamantes,
para arrancar apasionados besos.

Y tiene a más del poderoso hechizo
de su rara y magnífica belleza,
para arrastrar y subyugar las almas
gracia infantil y encanto de sirena.

1895.

---

(1) Sra. Rosario Armenteros de Herrera.

A UNA DESPOSADA

Tras el velo de nieve
ostenta su figura casta y bella,
cual tras celaje leve
derrama sus fulgores una estrella.

Acarician su mente
vagos sueños de amor y de alegrías,
y que la envuelven siente
olas de luz, perfumes y armonía!

Confuso y temeroso
un acento a su oído, quedo, quedo,
dice algo misterioso
que la hace estremecr de amor y miedo!

La dicha que atesora
muestra en su tierna y cándida sonrisa,
o enajenada llora
con un llanto más dulce que la risa!

¡Desgracia pavorosa,
nunca aparte tu mano cruel y dura
de sus labios de rosa
la copa de zafir de la ventura!

DIA DE PRIMAVERA

De la arboleda hojosa en la espesura,
blando suspira el viento entre el ramaje,
y los pájaros lucen su plumaje
cantando sus endechas de ternura.

Su monólogo eterno el mar murmura
balanceándose en lánguido oleaje,
y tiende de su espuma el blanco encaje
de sus orillas en la roca oscura.

Las flores se abren frescas y rientes
derramando su esencia embriagadora,
la nube, de matices relucientes
en el azul del cielo se colora;
y magnífico el sol lanza a torrentes
los rayos de su luz deslumbradora.

A UN AMIGO

(Enviándole un libro.)

Guarda este pobre libro que te envío,
débil ofrenda de cariño intenso;
en horas apacibles que pasaron
fué mi constante y dulce compañero.

Distrajo con su encanto mis tristezas,
embelleció mis noches de desvelo,
y alguna vez estremeció mi alma
y en sus hojas mis lágrimas cayeron.

Ha estado largo tiempo entre mis manos,
ha estado en mi regazo largo tiempo.
¡Que al recorrer sus páginas encuentres
como un vago perfume, mi recuerdo!

EN EL ALBUM
DE MI QUERIDISIMO AMIGO EL SEÑOR
NICOLAS AZCARATE

Como estrellas brillantes derramando
en tenebrosa noche sus fulgores,
como flores lozanas ostentando
en medio de un desierto sus colores;
en mi alma desolada,
—que es noche y es desierto,
porque ya para siempre se alejaron
mis bellas ilusiones, que volaron
como blancas palomas en bandada,
y mi esperanza de ventura, ha muerto—,
aun vierten suave luz y aroma blando
dulces afectos puros y ardorosos.
Uno de esos afectos que piadosos
me alientan en mi viaje por el mundo,
mis eternas tristezas consolando,
es mi cariño a ti, tierno y profundo.

1888.

RIMAS

Recuerdo que una vez, cuando era niña,
vertí copioso llanto de aflicción
porque unas pobres flores que cuidaba,
destrozó enfurecido el aquilón.

Después, sin que una lágrima a mis ojos
asomara, mi angustia a revelar,
he visto el aquilón de los pesares
las flores de mi alma destrozar!

Marzo, 1888.

RIMAS

A la luz moribunda
del sol que se ocultaba,
la vi, en el duro suelo de la calle
con indolencia echada.

De su raído traje
los harapos, dejaban
ver el puro contorno de sus brazos,
y su marmórea espalda.

Pero en su bello rostro
que en la mano apoyaba,
se veía la paz de una conciencia
donde no hay una mancha.

En dulce arrobamiento
sin duda acariciaba
algún ensueño cándido y hermoso,
de amor y de esperanza.

Porque sus grandes ojos
suave luz irradiaban,
y una sonrisa de sin par dulzura
en sus labios vagaba...

En lujoso carruaje
volví un día a encontrarla;
entre cojines de mullida seda
su cuerpo descansaba.

Diamantes cuyo brillo
sus ojos deslumbraba,
lucían en su cuello de alabastro
y en sus manos de nácar.

Pero su blanca frente
que lánguida inclinaba,
parecía nublar la triste sombra
de una inquietud amarga.

Alguna oculta pena,
robándole la calma,
sin dejarle un instante de reposo
su seno desgarraba.

Porque sus rojos labios
trémulos se agitaban,
y una lágrima ardiente de amargura,
en sus ojos brillaba.

1885.

A LA POESIA

AMIGA del que llora y del que ama,
alma del mundo, hermosa poesía,
tú, cuyo fuego el corazón me inflama,
presta a mi voz tu célica armonía.

El poder de tu encanto misterioso
quiero cantar en mi entusiasmo ardiente.
¡Escúchame y derrama, esplendoroso,
un rayo de tu luz sobre mi frente!

Tú sabes que de amor enajenada
te busco siempre con ferviente anhelo,
y al escuchar tu acento, arrebatada,
quiero en tus alas remontarme al cielo!

Siguiendo siempre tus radiantes huellas,
encuentro en mi dolor consuelo y calma,
y abrasada en el fuego que destellas,
doquier te siente estremecida el alma.

Escucho tus suspiros de ternura
en la brisa que arrulla en los palmares,
y tu lánguida queja de amargura
en el gemido eterno de los mares.

Tu aliento embriagador respiro ansiosa
en el blando perfume de las flores,
y de los astros en la luz radiosa
contemplo tus brillantes resplandores.

Feliz el que a tu influjo conmovido
ve tu belleza y tu poder aclama;
y siente el corazón enardecido
con el calor de tu celeste llama!

Que en ardiente delirio arrebatado,
de amor y de ternura palpitante,
tú lo llevas, de gozo transportado,
a mundos de hermosura deslumbrante.

A tu mágica luz la vista ansiosa
sigue en los aires el ligero vuelo
de ninfas que entre nubes de oro y rosa
van a perderse en el azul del cielo.

Y en el límpido fondo de los lagos
ondinas mira de guedejas blondas,
que con tiernos y cándidos halagos
se persiguen jugando entre las ondas.

Y descubre del bosque en la espesura
driadas que sobre el césped adormidas,
ostentan su fantástica hermosura,
o en las ramas se mecen suspendidas.

Manantial de placeres celestiales,
de deleites dulcísimo tesoro;
al eco de tus cantos inmortales
te da la gloria su laurel de oro!

IV

FLORECILLAS

FLORECILLAS

A...

Flor de matiz delicado
que embalsamas el ambiente
y a quien besa dulcemente
el céfiro enamorado;

mariposa que agitando
tus alas de nácar y oro,
de mieles rico tesoro
vas de mil flores libando;

tórtola que himnos de amor
entonas con dulce acento
y que aún no has dado al viento
ni una endecha de dolor,

¡quiera Dios que descuidada
en brazos de la inocencia,
pases tu dulce existencia
en amar y ser amada!

MARINA

A Pichardo.

A la pálida luz del sol poniente,
un cielo azul con blancas nubecillas,
un mar que lo retrata y dulcemente
acaricia y arrulla las orillas;

y un hermoso bajel que al manso viento
tendida el ala de la blanca vela,
arrastrando con suave movimiento
el nevado cendal de su ancha estela;

se desliza gallardo y majestuoso,
de las tranquilas ondas soberano,
y va a perderse raudo y silencioso
del horizonte en el azul lejano.

AL VERTE BAILAR

Tú que por bella y por pura
inspiras dichas ignotas,
no dejes que tu hermosura
profanen esos idiotas.

A GLORIA

El que la dicha posea
de vivir en tu memoria,
por ambicioso que sea,
no puede anhelar más gloria.

A...

Tú tienes la belleza arrobadora
de la rosa luciente.
No olvides la belleza que atesora
la violeta inocente.

EN UN ABANICO

¡Cuánto galán, linda Lola,
diera el tesoro más rico
por hablarte una vez sola
por detrás de tu abanico!

A DOLORES MORALES

Angel que a calmar los males
Dios envió desde el cielo,
tú eres el dulce consuelo
de los *dolores morales.*

A ANA MARIA

Como en un lago brillante
el azul del cielo en calma,
se ve en tu lindo semblante
la belleza de tu alma.

MI OFRENDA A MARIANO RAMIRO

Ya que también queréis los gemidores
acentos de mi lira quejumbrosa,
para cubrir de lágrimas y flores
del poeta infeliz la triste fosa;
una lágrima ardiente
tierna os envío cual tributo santo.
No hay flores en mi mente,
pero en mi corazón hay siempre llanto!

A ASUNCION

Tienes de la rosa altiva
la magnífica belleza,
y de la violeta humilde,
la encantadora modestia.

A FLORA TRUÉBANO

Niña cándida y graciosa
que entras en la juventud,
nunca olvides una cosa:
que no hay dicha sin virtud.

A CHARITO

Tus ojos son estrellas deslumbrantes,
tu boca es una flor primaveral,
llevas la noche en la abundosa crencha
llevas la aurora en la risueña faz.

Imitas con tu voz el suave arrullo
del cefirillo que gimiendo va,
y el vaivén cadencioso de las olas
con la gracia indecible de tu andar.

A CONCHITA RAMIREZ

Sólo esparce la tímida violeta,
emblema del candor,
oculta entre sus hojas de esmeralda,
su aroma embriador.
A esa flor inocente y candorosa
tú sabes imitar:
tu tesoro de gracia y de virtudes
sólo encanta tu hogar.

A MI HERMANA ISABEL

Te he visto ornada de lucientes galas
en fiesta bulliciosa,
radiante de placer y de esperanzas,
y estabas muy hermosa.

Mas nunca, hermana, ante los ojos míos
tan bella apareciste
como al verte implorando compasión
por el esclavo triste.

A ANA MARIA COYULA

Son tu herencia, discreción,
hermosura y gentileza,
pues naciste de la unión
del talento y la belleza.

Cuando encuentro una flor roja y fragante,
con los labios la oprimo en ansia loca
y la beso mil veces palpitante
soñando que es tu boca.

POSTALES

A Raquel Catalá

Crisálida gentil ¿quién en belleza
te vencerá mañana,
cuando despliegues de zafir y oro
las deslumbrantes alas?

A Piedad de Armas

Tus grandes ojos negros y febriles
lanzan en su vivaz irradiación,
cual destellos de acero que se cruzan,
relámpagos de genio y de pasión.

A Virginia Ojea de Ferrán

Te vi una vez, y tan hermosa eres
que siempre te confunden mis recuerdos
con las visiones fúlgidas que vagan
por el lejano mundo de mis sueños.

A Eloísa Coello

Se formó, niña hechicera,
tu gentil coquetería
con el azúcar de Cuba
y la sal de Andalucía.

A Gloria Perdomo de Morales

De los cantos divinos del poeta
en que hay ritmo, color, aroma y luz,
siempre son los más bellos los que inspiran
las mujeres hermosas como tú.

A Lucía Horstmann

Dije al ver la lozanía
de tu juvenil belleza:
¿Por qué la llaman *lucía*,
cuando ahora a *lucir* empieza?

A la niña Otilia Bernal

(Los restos del Maine.)

Que no te cuenten, hermosa niña,
la horrible historia de estos despojos.
Sé buena y tierna, perdoma y ama.
¡Y nunca sepas lo que es el odio!

A Carmela Justiniani

(El D. Juan de Byron.)

Virgen casta y hermosa, que la dicha
sueñas en el amor con tierno afán,
no evoques en tus sueños inocentes
la tentadora imagen de Don Juan.

A Guillermina Portela

(Racimos de uvas.)

Las oscuras uvas viendo
en apretados racimos,
recordé tus ojos negros,
que emborrachan como el vino.

A Carmela Justiniani

(Flores.)

¡Qué dichosas estas flores
que tendrán por sol radiante
la mirada fulgurante
de tus ojos seductores!

A María Luisa Haas

¡Qué artística es la tarjeta!
¡Qué aroma exhala tan suave!
Seguramente es la dueña
espiritual y elegante.

A Sofía Saaverio

Como el fuego del dolor
en erial trocó mi alma,
mi musa no encuentra flores
para arrojar a tus plantas.

A Edelmira Sotolongo

(Dos amantes a caballo en
un bosque, besándose.)

Un beso en el silencio de una selva
el paso al detener de los corceles...
¿No es verdad, niña hermosa, que este sueño
alguna vez iluminó tu frente?

A María Manuela Jacobsen

Como a la altura del sueño
la realidad nunca está,
el mejor beso es el beso
que se anhela y no se da.

A Evangelina Zambrana

Tiene cada mujer bella
con una flor parecido;
blanca, delicada, esbelta,
tú te pareces al lirio.

A Llilli Coronado

Vi rodar los diamantes de tu llanto
por tu faz peregrina;
riendo, dulce niña, eres muy bella,
llorando eres divina

A Amparo Adriano

Con culto apasionado y fervoroso
amo la libertad y la justicia,
y los reyes me inspiran solamente
indignación o risa.

Pero sintiendo el poderoso influjo
de tu altiva y magnífica belleza,
ante tu encanto, sin igual, me inclino
y te saludo ¡oh Reina!

MADRIGAL

Esquiva a las caricias de su madre,
vierte María Isabel copioso llanto
porque cayó en el suelo su muñeca
y se hizo mil pedazos.

¡Cándida y dulce niña!
¡Ojalá, en su inocencia, siempre ignore
que también la ilusión y la esperanza
son hermosas muñecas que se rompen!

FLORECILLAS

I

Una expresión celeste en el semblante,
velando las pupilas una lágrima,
un enjambre de besos en los labios
¡y el amor como un sol dentro del alma!

II

Tengo un secreto, lo guardaba ansiosa,
mas siempre al verte palpitó en mis labios,
¡ay! cuánto tiempo lo oculté en el alma...
al fin voy a decírtelo: ¡Te amo!

III

De este mundo donde hallamos
a cada paso el dolor,
lo más horrible es el odio
y lo más bello el amor.

IV

¿Por qué extrañas que este ramo
de flores mi pecho adorne?
¿Acaso no has visto nunca
sobre los sepulcros flores?

Diciembre 1904.

V

Mientras tú en el cementerio
duermes tu sueño sin fin,
ando yo de fiesta en fiesta;
¡desventurada de mí!

VI

¡Qué lindo ramo de flores
me dieron en el sarao!
Iré mañana a ponerlo
¡en la tumba de mi amado!

INSTANTANEAS

I

De la tarde a las luces adormidas,
un firmamento azul, que nada vela,
cobija un mar azul, de ondas bruñidas,
y un ave con las alas extendidas
entre las dos inmensidades vuela.

II

Cruza el mar gris, que no ruge
ni forma oleaje tampoco,
un bajel de blanca vela,
que se aleja poco a poco.

Así por mi alma desierta,
a veces, cuando lo evoco,
cruza un hermoso recuerdo,
que se aleja poco a poco.

Mayo, 1906.

EN EL ALBUM DE SARA

En tu álbum mi ofrenda de ternura
también voy a dejar;
nada que tú me pidas, linda Sara,
te puedo yo negar.

Voy a darte, perdóname, un consejo
que el cariño dictó,
es un consejo bueno, hermosa niña,
aunque te lo dé yo:

En el mundo la dicha verdadera
nunca quieras hallar
sino ejerciendo el bien y siendo siempre
el ángel de tu hogar.

POSTALES

(Un niño y una niña besándose en los labios.)

¡Beso dado sin sentir
enloquecedor anhelo,
beso que hace sonreir
a los ángeles del cielo!

A una niña.

¿No sabes qué es poesía?
Tu figurita hechicera
y las cosas peregrinas
que dices a tu muñeca.

A una niña del Dr. Aróstegui.

Tu padre es médico insigne,
y no ha encontrado en la ciencia
un remedio cual tus besos
para curar sus tristezas.

Un grupo de niños.

Los niños, dulces seres indefensos,
almas tiernas más blancas que el armiño:
¿quién no se siente compasivo y bueno,
ante la risa celestial de un niño?

A Georgina Pagés

(La Magdalena.)

Por el amor sublime redimida,
en santa se trocó la cortesana;
el amor es el fuego, hermosa niña,
que purifica el alma.

A NENA JUSTINIANI

En blanco está tu álbum; la primera
en él, escrito dejaré mi nombre
yo, que anhelo que siempre la ventura
riegue en tu senda sus brillantes flores.

En blanco está tu alma; que el primero
que, sumiso, su nombre en ella escriba,
por tu ideal belleza encadenado,
te dé por siempre con su amor la dicha.

Julio 1901.

A EVANGELINA ZAMBRANA

Te he visto. Un vago y misterioso encanto
que aleja la inquietud y la tristeza,
arroba el corazón, Evangelina,
ante tu dulce y cándida belleza.

Y me han dicho que pasas como un ángel
por el oscuro erial de la existencia,
vertiendo luz en torno, que es tu alma
un tesoro de amor y de inocencia.

En este libro, que llenó de flores
la admiración que inspiras con exceso,
para que vaya a acariciar tu rostro,
ofrenda de ternura, dejo un beso.

1899.

A MATILDE

La luz que en rayos fúlgidos
y tembladores,
derraman las estrellas
sobre las flores,
menos destellos
lanza, que la que vierten
tus ojos bellos.

Tu boca, dulce nido
de tiernos besos,
que del amor provoca
los embelesos,
celos daría
al coral y a las perlas
de más valía.

A las flores que en alba
de primavera,
bordan el verde manto
de la pradera,

vence y humilla
la luciente frescura
de tu mejilla.

La cándida tojosa
que enamorada,
exhala sus arrullos
en la enramada;
siendo tan pura,
no tiene tu inocencia
ni tu ternura!

A UN ARBOL

¡Cuántas horas de paz y de alegría
me haces tú recordar...!
En mi niñez dichosa, yo venía
a tu sombra a jugar.

Más tarde ¡cuántas veces con el alma
exenta de pesar,
vine en mis días de apacible calma
a tu sombra a soñar...!

Ahora ya cual rendido caminante
que anhela descansar,
vengo con paso triste y vacilante
a tu sombra a llorar.

V

TRADUCCIONES Y ALGO DE PROSA

Traducciones y algo de prosa

LA MENDIGA

(De Giosue Carducci)

A mi querido amigo y maestro Sr. Francisco Calcagno.

Al salir de un banquete, cierta noche,
sintiendo el alma alegre y sosegada,
vi una niña en el suelo de la calle
de rodillas postrada.

Por entre el sucio traje hecho jirones,
su descarnado cuerpo se veía;
y con voz débil compasión pidiendo
las manos extendía.

Dándole una moneda, conmovido
al escuchar su queja lastimera,
—vuelve a tu hogar, le dije, que tu madre
quizá inquieta te espera—.

Una sonrisa pálida y sombría
vagó en su boca temblorosa y yerta,
y alzando al cielo la mirada, dijo:
—¡Mi madre..., ya está muerta!

Ya yo no tengo madre! Yo estoy sola!
¡Tengo hambre y el frío me tortura!
¡No hay en la tierra un alma compasiva
que endulce mi amargura!

Yo sentí que mis lágrimas se unían
a aquel llanto de angustia, pavoroso,
y ante aquella infeliz sentí vergüenza
de ser casi dichoso.

LA INFANCIA

(De Víctor Hugo)

En tanto que la madre agonizaba
gimiendo de dolor,
cantaba el niño, y escuché los cantos
y el lúgubre estertor.

Bajo las losas del sombrío claustro
fué la madre a dormir,
y volvió el niño en sus alegres juegos
a cantar y reir.

El dolor es un fruto. Dios, piadoso,
nunca lo hace brotar
sobre la débil rama que aun no puede
su peso soportar.

POR LOS POBRES

(De Víctor Hugo)

Ricos, en vuestras fiestas invernales,
cuando el gozo os embriaga y os engríe,
cuando luces, espejos y cristales,
todo a vuestro alredor brilla y sonríe;
y un timbre de oro resonando en tanto
con notas vibradoras,
para vosotros trueca en dulce canto
la voz grave y sombría de las horas,
¿pensáis que acaso un pobre entre punzantes
torturas, por el hambre devorado,
ve lanzar vuestras sombras deslumbrantes
tras los cristales del salón dorado?
¿Pensáis que allí, aterido por el frío,
ese infeliz que la miseria acosa,
compara, en su dolor cruel y sombrío,
a vuestra fiesta espléndida y suntuosa,
su mísera morada
que nunca el fuego alumbra ni calienta,

y su familia escuálida y hambrienta
entre sucios harapos hacinada?
¡Ay! Una ley existe misteriosa,
y ¡Envidiad! dice a algunos despiadada.
¡Que esta idea execrable
trocando en criminal al miserable,
no lo arrastre a arrancaros la riqueza
que insulta su pobreza!
¡Que sea la caridad santa y sublime,
quien, por calmar las penas
del infeliz que en la miseria gime,
el oro os arrebate a manos llenas!
¡Dad, ricos, dad! para que Dios os ame,
para que el indigente,
cuando lloroso a vuestra puerta llame,
mire sin celo vuestro hogar amigo,
donde encontrar espera
tierna piedad y fraternal abrigo,
y hasta el malvado os nombre reverente.
Para que halléis en el dolor consuelo,
y en vuestra hora postrera
tengáis las oraciones de un mendigo
poderoso en el cielo!

Mayo del 98.

DE MI DIARIO

El amor es el deseo infinito del beso eterno.

El arte es un mago que tiene el poder de deleitarnos o consolarnos siempre, y que nos revela el secreto de hacer sentir a todos los corazones nuestros deseos y nuestras alegrías.

Los valientes son los que dominan el miedo; los cobardes, aquellos que el miedo domina.

La vibración del reloj es la voz del tiempo.

DEL NATURAL

La sala parecía más suntuosa iluminada por el sol de la mañana que, hacía resplandecer el dorado de los muebles y arrojaba por los vidrios de colores, en el suelo de mármol blanco, grandes manchas luminosas verdes, rojas y azules.

Sentados en un sofá, cada uno con su libro en la mano, los dos niños estudiaban.

Eran primos. El tenía quince años, ella trece. El era moreno, de ojos y cabellos negros, labios rojos como sangre, y dientes deslumbradores. Ella rubia, de ojos azules y boca de rosa y nieve.

Cerca de ellos, hundida en un gran sillón, y con los espejuelos calados, la abuela leía los periódicos.

Dejó la niña, para arreglarse el peinado, el libro en su regazo, abierto por la página que leía, y el niño con un movimiento rápido, antes que ella pudiera impedirlo, se lo cerró.

—Ya empezaste—dijo ella enojada—. Me voy, y fué a sentarse junto a su abuela.

El la siguió riendo.

—No te vayas, no te voy a mortificar más, ven.

Ella hojeaba su libro, afectando no hacerle caso.

—¿Estás brava, eh?

Y cogiéndole la barba, trataba de levantarle la cabeza para obligarla a mirarlo.

Ella contenía la risa; al fin soltó una carcajada.

El le echó los brazos al cuello, y riendo se besaron en las mejillas, con la inocencia con que se besarían los ángeles.

—Ya son ustedes muy grandes para besarse—dijo la abuela con tono áspero—eso es muy feo; estaba bien cuando eran chicos; pero ahora es muy mal hecho.

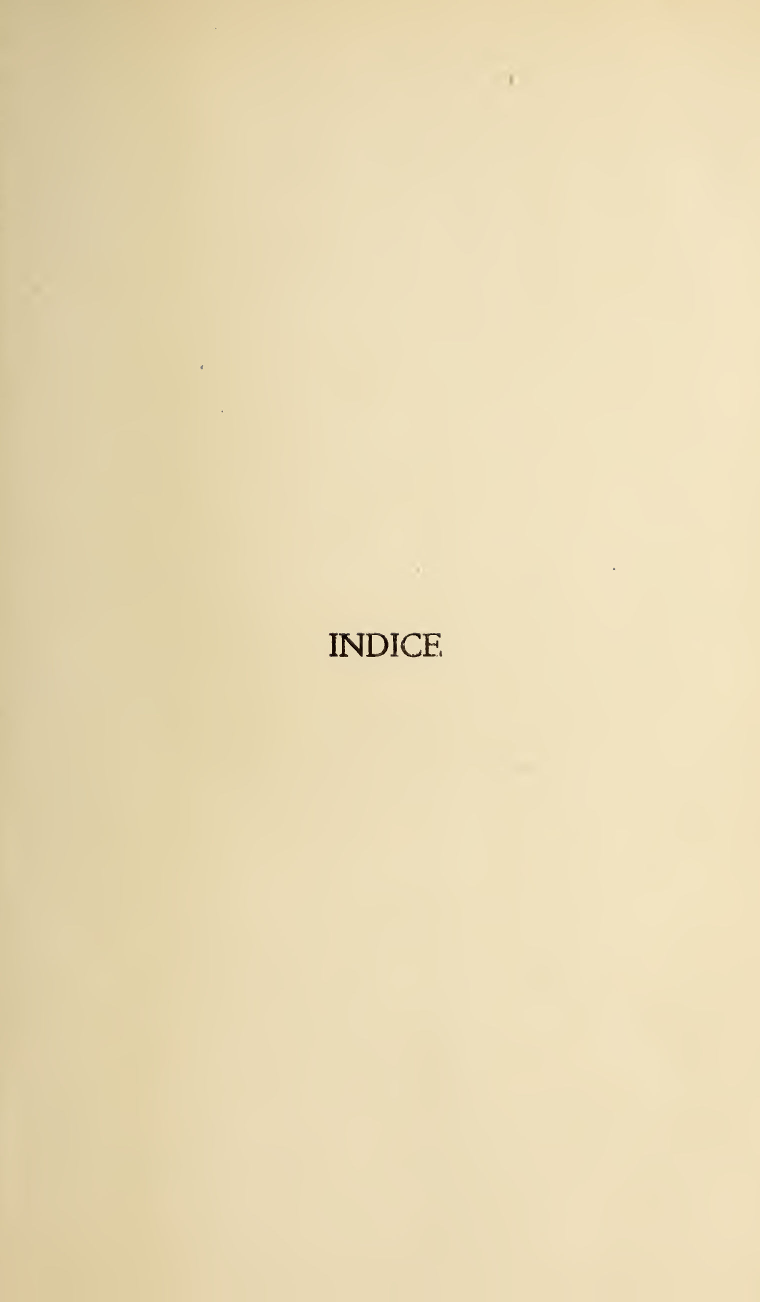
Los dos niños quedaron sorprendidos y confusos.

A la mañana siguiente estudiaban sentados en el sofá. La abuela, que cerca de ellos, en su gran sillón, leía los periódicos, se levantó y salió de la sala.

—¿Te acuerdas—dijo él—lo que abuelita dijo ayer, que es malo que nos besemos?

—¡Ah... sí!

Sus miradas se encontraron; con un movimiento irreflexivo unieron sus labios, y por primera vez se besaron ruborizados y trémulos.



INDICE

INDICE

Páginas

IV

FLORECILLAS

Páginas

Páginas

V

TRADUCCIONES Y ALGO DE PROSA



